

LA LECTURA PARA TODOS.

SEMENARIO ILUSTRADO.

NOVELAS, VIAJES, LITERATURA, HISTORIA, ETC., ETC.

PRECIOS : EN MADRID,
LLEVADO A DOMICILIO.

Tres meses. 8 reales.
Seis meses. 15 »
Un año. 28 »

Se suscribe en Madrid en la administracion, libreria extranjera y nacional de D. Carlos Bailly-Bailliere, librero de cámara de SS. MM. y de la Universidad central, calle del Principe, núm. 41.
En Provincias en todas las librerias y administraciones de Correos.

PRECIOS : EN PROVINCIAS,
FRANCO DE PORTE.

Tres meses. 12 reales.
Seis meses. 21 »
Un año. 38 »

Los Sres. Suscritores, cuyo abono concluye en fin de marzo, se servirán renovar oportunamente su suscripción, para que no sufran retraso en el recibo del SEMANARIO.



Y maese Abrahmsen cogió delicadamente la muñeca de Jorge.... (pág. 498, columna 3.ª).

LOS AMORES MORTALES

POR

MR. ADRIEN ROBERT

TRADUCCION DE

D. J. F. SAENZ DE URRACA.

(Continuacion.—Véase el num. 42).

—¡Ah! dijo Karl Brawer, acaba de llegar la compañía de los arcabuceros. ¿Sois aficionado al tiro de paloma, maestro?

—Sí por cierto, y aun en mi juventud era un cazador bastante bueno.

—Pues entonces venid, dijo Brawer, llevándole por entre los bosquillos y cenadores del jardín. Al dar vuelta a una alameda, los dos amigos desembocaron en una esplanada de césped, en

cuyo centro se alzaba un mástil de sesenta á ochenta piés de altura.

La paloma atada por una pata, revoloteaba en lo alto de aque! mástil, procurando en vano sostenerse en equilibrio sobre la bola giratoria que habia en el extremo superior.

La compañía de los arcabuceros de Hannover, con la pluma de gallo en el sombrero y la chupa encarnada bien ceñida á la cintura, formaba un grupo animado en el extremo opuesto de la pradera.

Unas cuerdas sostenidas por medio de estacas contenian á la multitud que habia acudido á presenciar las hazañas de los tiradores.

Algunos guardas con la carabina colgada de la correa y su numero de órden colocado en la presilla de su gorro de piel de zorra, se paseaban lentamente, ó descansaban, tendidos en la verba,

aguardando á que les llegase su turno para entrar en liza.

Abrahmsen y Karl se colocaron lo mas cerca posible del mástil para juzgar mejor la direccion de las balas.

Quince tiradores habian hecho fuego ya á la paloma, sin lograr tocarla.

—¡Ah! dijo Karl con pesar. Si mi futuro tio no se hallase en este momento paseando por Hungría, sé muy bien quién ganaria la bandolera con placa de plata.

—¿Quién es vuestro futuro tio, Karl?

—El mejor y el mas valiente de todos los guarda-bosques de M. de Ruminghem. No sé si conocéis la leyenda del Cazador Negro y de sus balas encantadas.

—Perfectamente.

—Pues bien; mi amigo Dietrich tiene siempre en el cañon de su carabina la famosa bala d'

plata que alcanza al blanco, por muy movable y distante que esté.

—¡Diablo! no les cuadraría muy bien á los galanes ir á rondar por la noche alrededor de la casa de ese tirador.

—¡Oh! en tal caso mi linda Margarita sabría muy bien defenderse por sí sola.

—¿La señorita Margarita forma también parte, por ventura, de la inclita cofradía de los arcabuceros?

—No; pero forma parte de la estimable corporación de las muchachas honradas que se consideran como casadas con el hombre que su padre ha tenido á bien aceptar.

—¡El número 18! gritó en aquel momento una voz en el espacio reservado para los tiradores.

—¡El número 18! repitió la multitud apartándose para dejar pasar al tirador á quien llamaba el comisario.

—Fritz es quien tiene ese número, dijo una joven ruborizándose.

—No, repuso otra joven, ha vendido su bala á otro.

—¡El número 18! gritó de nuevo el comisario poniéndose de puntillas para dominar á la multitud.

—¡Aquí está! aquí está! dijo una voz estentórea, y un moceton alto y robusto, que llevaba una carabina sobre cada hombro, saltó con rapidez por encima de las cuerdas del recinto.

—¡El capitán Bilderdyck! exclamó Brawer.

—¿Traéis vuestro número? preguntó el comisario adelantándose hácia el hombre de las carabinas.

—¿Mis números querréis decir? repuso este último registrando su bolsillo; hélos aquí: el 18 y el 19.

—Perdonad, caballero, no tenéis derecho á disparar mas que un solo tiro.

—¡Calle! dijo el tirador, cuyo semblante se revistió súbitamente de una expresión de burla tan cómica, que el comisario se desconcertó.

—Los reglamentos son muy fijos y precisos en este concepto; así, pues, escoged vuestro número.

—He comprado en toda regla el derecho que me disputáis, ¡ira de Dios! y no me meto en todos vuestros laberintos de reglamentos, continuó el capitán con seguridad; Fritz y Norberto hubieran disparado uno despues de otro, y tiraré por ellos sin hacer perjuicio á nadie.

—El capitán tiene razon, dijeron varios arcabuceros que acababan de acercarse.

—Enhorabuena, dijo el capitán gozoso, es muy justo que el premio que voy á ganar me recompense de los sacrificios que acabo de hacer.

—Seguramente, dijo uno de los tiradores riéndose; es preciso que el dinero colocado reditue.

—¡Oh! repuso otro mirando al mástil, el capitán impone sus fondos á mucha altura.

—Os deseo que nunca hagais peores especulaciones que el capitán Bilderdyck.

—Vaya, despachemos, repuso el comisario, me resta llamar á veintitres números despues de vos, capitán, y los espectadores se impacientan.

—¡Eh! dijo Bilderdyck echándose el sombrero sobre su oreja derecha por medio de un movimiento de cabeza, vamos á tratar de abreviar la sesion.

El capitán y los arcabuceros se trasladaron presurosos á la barrera que servía de límite á los tiradores, y Bilderdyck comenzó á cargar sus dos carabinas.

—¿Conocéis á ese personaje singular, Karl? dijo el holandés guareciéndose del sol con la mano izquierda para no perder un solo movimiento del capitán.

—¡Que si conozco á Bilderdyck! exclamó Brawer con entusiasmo; pues si es mi modelo predilecto, el tipo perfecto, el bello ideal que he buscado durante años enteros, la personificación mas completa del desorden y la orgía: ¿necesito para mis cuadros un borracho completo? ahí está Bilderdyck; ¿necesito un fumador impasible? Bilderdyck; ¿necesito un desafío de espadachines? siempre Bilderdyck! No hay en el mundo entero

reyes ni príncipes cuyo retrato se haya hecho tan á menudo. La imagen de ese personaje célebre se ve ahora en todas las grandes colecciones de Europa. Le encontraréis en todos mis lienzos, de frente ó de perfil, á pié, á caballo, sentado, de pié ó echado.

—¡Diablo! pues eso debe ser algo monótono al fin.

—No; porque nunca he encontrado fisonomía de mas movilidad que la suya. Veréis el cuadro que estoy concluyendo en este momento, y para el cual me sirve Bilderdyck de modelo, como sargento de lansquenets, y os sorprenderá el aire marcial y abierto de ese semblante tan poco poético.

—Y ese capitán ¿no tiene mas funciones que las de modelo de pintores?

—Es maestro de armas en otoño; maestro de natación en la primavera, y maestro bribon durante el resto del año; por lo demás es un hombre excelente.

—¿Y capitán de una compañía.....?

—Que la Hungría, su país nativo, nunca ha contado en su ejército.

Mientras los dos amigos hacían tan interesante monografía del capitán, este terminaba lentamente y como con sentimiento sus preparativos.

Cuando las dos carabinas estuvieron cargadas, Bilderdyck las apoyó en la barrera, y de púes de haber tirado su sombrero sobre la yerba y levantado sus mangas raidas y mugrientas, se volvió hácia el grupo de tiradores, y cruzando las manos á la espalda, dijo con imperturbable sangre fría.

—Perdonad, señores, creo que he sido locamente pródigo al comprar dos números; ¿se halla dispuesto alguno de vosotros á ofrecerme un precio razonable por mi segundo tiro?

Esta proposición singular fué acogida con una carcajada burlona.

—Vamos, comenzad, capitán, comenzad, dijo el comisario con impaciencia.

—Perdonad, caballero, que mi ofrecimiento nada tiene de disparatado.... Nunca es demasiado tarde para arrepentirse; creo que malgasto inútilmente mis bienes, y procuro hacer una operación comercial ventajosa para resarcirme de una parte de mis pérdidas.

—Por última vez, capitán, ¿queréis ó no usar de vuestro derecho al instante, ó ceder el puesto á otro?

—¡Quiero usar de mi derecho, pardiez! y puesto que rechazais mi primer ofrecimiento, solo me resta lanzar un reto á los tiradores mas hábiles. Yo, el capitán Bilderdyck, me comprometo á cortar la cinta que sujeta la paloma al mástil, y á matarla en seguida al vuelo con el segundo tiro ofreciendo apostar treinta rixdalers contra cualquiera que ponga en duda mi destreza.

—Sostengo la apuesta, señor capitán, exclamó Abrahmsen sacando una bolsa de su bolsillo.

—¿Estais loco? dijo Brawer.

—Estoy gozoso por encontrar ocasion tan propicia para ganar treinta rixdalers, repuso gravemente el holandés.

—Tirad, capitán, tirad, que sostienen la apuesta, gritó la multitud estrechándose junto á las cuerdas para no perder un solo movimiento del tirador.

—Se sostiene la apuesta, exclamó Bilderdyck con acento triunfante, y por lo tanto abrid los ojos y tapaos los oídos.

Hincando entonces una rodilla en tierra, montó las dos carabinas, apoyó una en su muslo izquierdo, se echó la otra á la cara y apuntó.

Al cabo de cinco ó seis segundos salió el tiro, y la paloma, asustada por la detonación, voló hácia el lado de los espectadores, llevando colgada la cinta que la bala acababa de cortar junto al mástil.

Casi en seguida sonó otro tiro, y la paloma, revoloteando en el aire, fué á caer á los mismos piés de Abrahmsen.

Karl la cogió de una pata y la levantó á la altura de la cara de su amigo.

Algunas gotas de sangre cayeron sobre las manos del mercader, quien retrocedió estremeciéndose

horrificado, y su rostro se cubrió de livida palidez.

—¡Hurra por el capitán Bilderdyck! gritaba la multitud batiendo las palmas.

—¡Calle! calle! ¡Vais ahora á desmayaros! exclamó el pintor sosteniendo á su amigo que vacilaba sobre sus piernas. ¡Diablo! sois muy sensible.

—¡Karl, limpiadme esta sangre por favor, y tirad muy lejos esa malhadada paloma! dijo Abrahmsen balbuceando y tendiéndole sus manos.

—Vamos, está hecho; ahora ya podeis mirar.

—¡Gracias!.... dijo el holandés lanzando un suspiro de bienestar. Perdonad, querido amigo; pero nunca he podido vencer este horror que me inspira la sangre.

—Y sin embargo, me deciais hace poco que erais cazador.

—Si; pero siempre llevaba conmigo un criado que recogía y llevaba la caza.

El capitán se adelantó en aquel momento hácia ellos.

—Recibid mi felicitación, señor capitán, dijo Abrahmsen entregándole el bolsillo; ahora que he visto vuestra habilidad, aunque os propusiese matar mariposas al vuelo, apostaría en favor vuestro.

—La mariposa es muy ingrata; pero en una ocasion dada se intentaría hacer algo en favor suyo, repuso el capitán con heroico aplomo. ¡Calle! está aquí mi querido señor Brawer.

—¡Calle! dijo el pintor en el mismo tono, he aquí á mi querido capitán Bilderdyck que ha prometido ir á servirme de modelo en mi estudio, y á quien hace cuatro días que aguardo en balde. Creí que habiais vuelto al servicio militar en Hungría, ó que os habian roto la cabeza en alguna taberna.

—Última suposición que debía pareceros mas probable, dijo el aventurero interrumpiéndole y retorciéndose el bigote. No, querido maestro, no he pensado en volver á encargarme del mando de mi compañía, y en cuanto á mi cabeza, no está ni mas ni menos rajada que la última vez que tuve la honra de prestársela.... Solo que hallándose próximo á verificar un viaje de mero placer....

—¡Nos dejais, capitán! exclamó Brawer con inquietud.

—¡Oh! solo por dos ó tres días, repuso Bilderdyck con acento bonachon; me han hablado de cierto molino que está en venta en las cercanías de Quelin, y si no sube mucho la subasta podríamos arreglarnos.

—¡Cómo! dijo el pintor aturdido por estas palabras, ¿tenéis ahorros que colocar, Bilderdyck?

—¡Oh! muy poca cosa, dijo modestamente; pero tengo mucho orden y no gasto casi nada para vestirme.

—Lo creo.

—Como muy poco.

—Pero en cambio bebeis como cuatro.

—Se bebe hoy tan mal, que ese guarismo nada tiene de exagerado.

—¿Y cuándo marchais, capitán?

—Esta tarde; con el calor que hace, prefiero viajar de noche.

Un trueno retumbó sórdamente á lo lejos, y algunas gotas de lluvia cayeron en aquel momento.

—¡Diablo! murmuró el capitán levantando la cabeza para mirar á los negros nubarrones que se amontonaban en el cielo, si el día ha sido de mucho calor, la noche será fresca.

—Regresemos pronto á la sala grande, dijo Abrahmsen; la tormenta va á estallar antes de cinco minutos.

—No, dijo Karl, aprovechemos mas bien el carro de esas buenas gentes para regresar á Hannover.

Y designó á su compañero una especie de carriche que unos labriegos estaban enganchando á toda prisa.

—Muchas gracias por el ofrecimiento, repuso el holandés, nos calariamos hasta los huesos en vuestro carro; prefiero aguardar aquí y cenar para ver venir. El capitán será de los nuestros, y

por San Pedro de Amberes, que cuando tengamos delante de nosotros algunas botellas de vino añejo del Rhin, pipas y naipes, nos burlaremos perfectamente del mal tiempo que haga fuera.

— Vaya por el vino del Rhin, la pipa y los naipes, exclamó Bilderdyck calándose resueltamente el sombrero.

— Entonces, hasta la vista, maese Abrahmsen, dijo Bräwer: por muy halagüeños que sean vuestros ofrecimientos, prefiero regresar a Hannover. Espero que me dispensaréis la honra de ir a verme mañana: calle del Palatinado, la tercera casa de la izquierda entrando por la playa.

— Contad conmigo, Karl.

— En cuanto a vos, capitán, no olvideis subir a mi estudio el mismo día en que regreséis. Buena noche, maese Abrahmsen; buen molino, Bilderdyck.

Bräwer se acercó en seguida al dueño del carro, y al cabo de dos minutos de discusión obtuvo el favor que solicitaba.

Su título de maestro de pintura de la princesa había hecho maravillas.

— ¡A la mesa, capitán! exclamó entonces el enviado de la reina Ana, volviéndose hacia el aventurero.

Tenga a bien el lector dirigir una mirada retrospectiva a las primeras líneas de esta prolongada, pero indispensable exposición, y comprenderá fácilmente que maese Abrahmsen debía representar en la corte de Hannover un papel más importante que el de correo de cancillería.

El ex-mercader de lona conocía ya al capitán Bilderdyck, y sabía de un modo positivo que el tal capitán era uno de los agentes del príncipe Jorge.

Abrahmsen había contado mucho con el vino para hacer hablar a su convidado; pero muy luego comprendió que el capitán era una cabeza muy firme, y que tenía que habérselas con un cómico de primer orden.

Bilderdyck le refirió prolijamente sus campañas, sus desafíos y sus aventuras galantes, fingiendo la ignorancia más absoluta respecto de la crónica escandalosa de la corte.

Ahora bien; mientras fumaban y acababan de vaciar un jarro postrero de cerveza, otros dos personajes se colocaron en la mesa inmediata a la suya, y pidieron pipas y un jarro de cerveza fuerte.

Uno de estos personajes era aquel mismo soldado llamado Arnheiter, a quien el coronel Koenigsmark libró del tormento; el otro, de elevada estatura, canoso, flaco, y con las facciones más alteradas aun por el cansancio que por la vejez, llevaba, bajo un capote de viaje, una librea de color oscuro.

Cuando aquellos dos compañeros hubieron tomado asiento, Abrahmsen sorprendió una sonrisa de satisfacción en el semblante de Bilderdyck.

— ¡Ah! dijo el holandés a media voz, mirando a Arnheiter, hé ahí un valiente que regresa del ejército.

— Sí, repuso Bilderdyck, y esa cicatriz que le cruza la frente, ha bastado para hacer que le concedan una licencia.

— Es la primera vez que veo ese uniforme en Hannover. ¿A qué cuerpo pertenece?

— A los drabanes de Suecia.

— ¡Ah! ¿a ese regimiento mandado por el coronel Koenigsmark?

— Justamente; ¿le conocéis?

— Solo de oídas, y os confieso que el retrato que de él me han hecho, ha excitado mi curiosidad y me ha inspirado vivo deseo de conocerle.

— Pues bien, repuso el capitán llenando su vaso, pedid a ese valiente que os dé noticias tuyas.

— ¡Oh! me bastará un simple dato. Decidme, amigo mío, continuó Abrahmsen inclinándose hacia Arnheiter: ¿sabéis si vuestro coronel, el señor conde de Koenigsmark, va a regresar pronto a Hannover?

— Sí, dijo el soldado, dentro de dos días.

— ¡Dentro de dos días! exclamó Bilderdyck levantándose.

— Hace cinco días que ha llegado a Halbersladt.

— ¿Y en dónde se ha apeado? preguntó Bilderdyck.

— En la posada del *Aguila blanca*.

Esta vez Abrahmsen no tuvo que hacer gran esfuerzo para observar el interés que en el capitán excitaba aquella declaración del draban.

— Amigo mío, haceis mal en dar esos datos acerca de vuestro amo al primero que llega, dijo en voz baja el compañero de Arnheiter, que se llamaba Bernardo.

— ¡Oh! no pueden comprometerle, dijo Arnheiter, chocando su vaso con el de Bernardo. Vamos, compañero, echemos el trago de la espuela.

Los dos amigos hablaron todavía algunas palabras en voz baja, después de lo cual Bernardo estrechó cordialmente la mano del soldado y se levantó.

— Buen viaje, Bernardo.

— ¡Gracias! dijo ese, y salió en seguida.

— ¡Eh! ¿Qué estáis haciendo, capitán? dijo Abrahmsen al ver a Bilderdyck abrocharse apesuradamente el cinturón de la espada y calzarse el sombrero.

— ¡Pardiez! me marcho, dijo bruscamente el capitán, vuestra cena es excelente y vuestra compañía en extremo agradable, querido caballero; pero como no quiero perder mi molino, tendréis a bien dispensarme.

En tres saltos se plantó Bilderdyck en las caballerizas de la *Torre de plata*, y después de haber ayudado a Bernardo a aparejar su cabalgadura, comenzó a ensillar con prodigiosa rapidez a un magnífico caballo de raza que estaba atado al mismo pesebre.

Los dos ginetes montaron a un mismo tiempo. Bernardo se metió la mano en el pecho, como para cerciorarse de la posesión de algún objeto que llevase oculto, mientras el capitán palpaba sus pistolas.

Bilderdyck salió delante, y poniendo a su caballo a galope, se lanzó por el camino de Halbersladt.

Bernardo abandonó casi al mismo tiempo la *kermesse*, pero caminó a un paso más moderado.

Abrahmsen se acercó entonces al posadero, quien había tenido el estribo a ambos viajeros.

— Decidme, amigo mío, exclamó el holandés con su voz más dulce, ¿qué funciones desempeña ese Sr. Bernardo?

— Solo sé, repuso el dueño de la *Torre de plata*, que es criado ó más bien confidente de Mme. Sofía de Tell.

— Gracias.

— Bernardo estaba ya sirviéndola cuando vivía en Luneburgo.

— ¿Os quedan caballos todavía?

— Sí señor, tres.

— Os doy treinta ducados si dentro de diez minutos está ensillado el mejor de los tres.

— ¡Treinta ducados! repitió el posadero aturrido por tal ofrecimiento.

— Vamos, después tendréis tiempo para maravillaros, continuó el holandés deslizándole en la mano una bolsa que contenía casi el doble de la cantidad prometida.

El posadero se guardó el dinero con notable destreza, y se arrojó a coger una silla colgada de la pared, como un hulano que ve llegar al enemigo: al cabo de cinco minutos el caballo estaba dispuesto.

Abrahmsen puso el pie en el estribo y montó con la agilidad y vigor de un jinete consumado.

— Ahora, dijo tomando el látigo que le entregaba el posadero, indicadme el camino de Halbersladt, si gustais.

— Volved a la izquierda y seguid la orilla del Leyne hasta el Pinar; cuando llegéis allí, volveréis otra vez a la izquierda y no tendréis más que seguir en derechura.

— Muy bien, dijo tocando ligeramente a su caballo con el látigo.

La tormenta apenas había durado una hora. Millares de estrellas rielaban en la azulada bó-

veda, y la luna alzándose hacia el zenit se reflejaba en las aguas del río.

Los ruiseñores cantaban en sus pabellones de hojas y ramas, y el perfume de las acacias embalsamaban el aire.

Abrahmsen, que había hecho arrancar a su caballo a media rienda, vió muy luego a un jinete que iba al trote a unos quinientos pasos delante de él.

Era Bernardo.

Arrelando entonces el holandés su marcha al compás de la del jinete, se contentó con mantener entre ambos la misma distancia.

Entonces comenzó a clasificar los sucesos en su cabeza.

— Decimos que ese bandido, ese capitán es el agente de confianza del príncipe Jorge, y que ese Bernardo es enteramente adicto a Mme. de Tell. Cuando esos dignos servidores han sabido que Mr. de Koenigsmark se hallaba todavía en Halbersladt, no han perdido un solo instante para ponerse en camino. Ahora bien; es evidente que uno u otro lleva un mensaje dirigido al coronel de drabanes de Suecia; pero como es evidente que esos dos mensajes se contradicen, solo uno ha de llegar a su destino. Bilderdyck se ha adelantado al salir; ¿será realmente para llegar el primero?

Brilló en la oscuridad de la noche un resplandor seguido de una detonación.

— No, continuó gravemente Abrahmsen, era para asesinar a ese pobre Bernardo en el recodo del pinar.

Y atravesó el camino para esconderse detrás de un soto.

Un caballo desbocado pasó a corta distancia de él, con las riendas sobre el cuello y relinchando de terror.

Abrahmsen se inclinó sobre su cabalgadura y permaneció inmóvil durante algunos minutos, escuchando con inquieta avidez.

— Vamos, dijo montando una pistola, el camino no está seguro, según veis; planto peor para los que intenten cerrarme el paso, ya sean güelfos ó gibelinos, ya sirvan al príncipe ó a la princesa de Hannover!

Y costeano la orilla del río se fué resueltamente de descubierta.

A unos trescientos pasos del soto que acababa de abandonar vió un bulto tendido en el suelo.

El mercader saltó al suelo, y después de haber atado su caballo a un árbol, se acercó con precaución al cuerpo inanimado de Bernardo.

El desgraciado respiraba todavía: la bala le había entrado por debajo del brazo derecho y, atravesado los pulmones.

Abrahmsen corrió al río y sirviéndose de su sombrero para sacar agua, lavó suavemente los labios y la frente del moribundo.

Un gemido ronco se exhaló del pecho de Bernardo, y sus ojos se clavaron en Abrahmsen con aterradora fijeza.

— Aquí.... la carta.... dijo con voz convulsiva, y su mano izquierda se crispó sobre su pecho.

— Una carta para Mr. de Koenigsmark, ¿no es verdad? murmuró el holandés inclinándose hacia él.

— Sí.... sí....

— Ya no la tenéis ahí, os la han robado.

— ¡Robado!.... repuso el moribundo con desesperación; perdido!.... está perdido si va a casa del pintor.... el prin....

El desgraciado no pudo concluir: una convulsión postrera agitó todo su cuerpo y volvió a caer de espaldas; ¡estaba muerto!

— Vamos, dijo Abrahmsen levantándose, creo que el desempeñar mi misión será más fácil de lo que yo pensaba. ¡Diablo! el marido de Mme. de Tell tiene a su servicio hombres de acción; y los quisiera algo más prudentes. Sin embargo.... puede pasar algún viajero por este camino, el cual dará la alarma en la aldea, mientras que el río.... Este pobre hombre acaso no sabría nadar, y su caballo que va corriendo por esos campos, justificará perfectamente un accidente deplorabile y sensible.

Abrahmsen, al paso que hacia estas reflexiones,

levantaba al cadáver por los hombros, le arrastraba hacia la orilla, y le arrojaba de cabeza al Leyne.

—¡Pobre diablo! dijo mirando al triple círculo que iba ensanchándose en la superficie del agua, no tendrá siquiera el consuelo de saber que se ha cumplido su voluntad postrera.

Y después de pronunciada esta oración fúnebre, volvió a montar a caballo y se encaminó de nuevo tranquilamente á Hannover.

II.

BOSQUEJO DE INTERIOR.

Antes de comenzar este capítulo y de poner en escena á nuevos personajes, es indispensable fijar bien la situación en que se encuentran los actores conocidos de nuestro drama.

Habían trascurrido próximamente dos meses desde la noche en que la condesa de Ruminghem mandó el fuego en la trinchera de Debreczin.

Andrea y sus dos compañeros de viaje no se separaron de Mr. Koenigsmark para regresar á Hannover, sino cuando el conde se halló en convalecencia.

No era solo por el bien parecer por el que la condesa se había decidido á adelantarse al coronel, sino también por vigilar de cerca los manejos del príncipe Jorge y frustrar cualquiera nueva traición suya.

Habiendo sido muerto el general Steuben en un asalto, la condesa, que ya no tenía que guardar consideración alguna, refirió á Karl Brawer todos los pormenores de la trama infame, de la que solo por milagro se había librado Felipe; era una falta grave, porque el pintor era completamente adicto á Mme. de Tell, y por el mismo interés del conde no podía callarle un secreto de tanta importancia.

Andrea estuvo mejor inspirada al comprar á precio de oro los servicios del celebre capitán Bilderdyck, el agente de Jorge. Mme. de Ruminghem, confiando en el amor del conde, segura con su belleza y su talento, nada temía de un rival que solo podía oponer el olvido ó la indiferencia á un amor capaz de la mayor abnegación.

Así pues, en aquel momento la lucha solo existía entre ella y el príncipe Jorge; lucha tenebrosa, implacable, pero muy posible, sin embargo, para una mujer que sabía que era amada, y confiaba en su belleza, su talento y su valor.

Dietrich, Arnheitter y Margarita formaban un cuerpo de reserva dispuesto á obrar á la primera señal, y Andrea, para acabar de atraer á Brawer á su causa, había adelantado la época fijada para su boda con su ahijada Margarita.

Veamos ahora lo que pasaba en el campo enemigo.

Si Mme. de Ruminghem tenía á su servicio á gente adicta, Jorge poseía una policía secreta maravillosamente informada, que le enteraba de cuanto pasaba en Hannover y aun en Inglaterra.

Para el príncipe, los negocios de Hannover se reducían á las intrigas de corte y al odio que profesaba al conde Koenigsmark.

Los partes que le enviaban sus agentes de Londres eran mucho más graves; se trataba para él nada menos que de la posibilidad de subir algún día al trono de Inglaterra: su madre, la princesa Sofía, era nieta de Jacobo I, y por el hecho de la muerte de los hijos de Ana Estuardo, resultaba que era el heredero más inmediato en la línea protestante.

Haciendo que recayese sobre su padre, el elector Ernesto-Augusto, toda la responsabilidad de su matrimonio con la princesa Sofía de Brunswick, Jorge había llegado á persuadir á su prima de que solo cedió ante una violencia y ante la razón de Estado. Ahora bien; la salud de la reina Ana hacía tres meses que inspiraba serias inquietudes, y la llegada de maese Abrahmsen á Hannover, del hombre que era el agente de confianza de la reina, parecía encubrir una misión diplomática de la mayor importancia.

Jorge solo una vez había visto al holandés en la corte, en el día en que este último entregaba

la orden de la Jarretiera al elector, y toda la habilidad de sus espías había ido á estrellarse contra la impenetrabilidad afectuosa y risueña de Abrahmsen, quien tenía el gran talento de hacer hablar á las gentes y callarse.

Jorge, en su ignorancia absoluta respecto de las instrucciones del holandés, resolvió seguir exclusiva y ciegamente sus inspiraciones. Muy pronto veremos de que género eran estas.

Han trascurrido ocho días desde que el previsor Abrahmsen se había constituido en cómplice de Bilderdyck en el camino de Halbersladt.

Estamos en el taller de Karl Brawer.

Como una descripción detallada, mi cuadro de interior sería perfectamente inútil aquí; me contentaré con decir de paso, que, además de una gran ventana de vidrios sostenidos con plomos, de una chimenea de campana, y de un número indeterminado de caballetes, de sillones y de mesas, había tres puertas que daban ingreso á aquel estudio: la primera, la que estaba en la pared más ancha, daba a la escalera; la segunda comunicaba con otro estudio, especie de sala baja que servía de estufa en verano; y la tercera, en fin, abierta en la parte superior de una escalera de caracol, daba a una habitación pequeña, que servía de dormitorio al artista.

Margarita, la linda prometida del maestro Brawer, y Andrea de Buminghem, entraron en casa del pintor en el momento en que daban las dos en el reloj colgado en la pared.

Brawer estaba ausente.

Un gran lienzo, bosquejado con mano maestra y que representaba una escena de taberna, la paleta cargada de colores frescos, los pinceles y el lienzo colocados sobre el caballete, indicaban claramente que el artista había trabajado por la mañana y que su ausencia no debía ser muy larga.

Margarita comenzó por cerciorarse de que Karl no había subido á su cuarto, mientras que Madama de Ruminghem entreabría la puerta del segundo estudio y le dirigía una mirada rápida.

Margarita volvió á bajar lentamente algunos escalones y apoyándose en la barandilla de madera, dijo sonriendo:

—¡Preciso es que mi futura boda me turbe el cerebro! Perdonad mi aturdimiento, señora condesa, acabo de hacerlos dar un paso inútil.

—¿Cómo así?

—Había olvidado que los jueves es cuando Karl va á Palacio á dar su lección de pintura á la princesa.

—En efecto, dijo Andrea, cuyo semblante se revistió en seguida de una expresión de pesadumbre, tu memoria hubiera podido servirte mejor. ¿Sabes al menos, á qué hora ha de volver?

—Acaba de marcharse y no volverá sino dentro de dos horas, lo más pronto.

Andrea se dejó caer en un sillón y comenzó á retorcer entre sus dedos, con nerviosa impaciencia, la franja de seda que adornaba el mueble.

—¡Me guardais reícor! repuso Margarita al cabo de un momento de silencio.

—No, hija mía; pero en la situación actual estos contratiempos y estos retrasos pueden tener las consecuencias más graves. Todos mis pasos, hasta mis acciones sencillas se las cuentan al príncipe Jorge, y para no comprometer inútilmente á mis amigos, debo ser muy sobria de visitas.

—Pero nada veo, dijo Margarita yendo á sentarse en el taburete colocado á los pies de la condesa, que sea muy amenazador en la conducta del príncipe Jorge; el señor conde Koenigsmark llamado otra vez á la corte....

—Sí, dijo Andrea con una sonrisa triste, eso se parece casi á una reconciliación. Pero para los que como yo conocen el carácter de Jorge, esa consideración afectada es más peligrosa aun que sus violencias.

—Así pues, ¿aconsejaréis á Mr. de Koenigsmark que rehuse todo eso?

—Venía á rogar á Karl que marchase hoy mismo para aconsejarle que no saliese de Halbersladt hasta nueva orden, porque aquí se trama algo contra él. Mis presentimientos nunca me engañan.

—Karl marchará esta misma noche, dijo Margarita con un suspiro.

—Sí, repuso Andrea tomando las dos manos de la linda niña; pero como no quiero que me acuses de sacrificar tu felicidad á temores quiméricos, voy á decirte por qué tiemblo por Felipe. Uno de los agentes de Jorge, cierto capitán Bilderdyck, ha marchado hace ocho días á Halbersladt, y el príncipe Jorge, que todos creen que está en el campamento de Ulzen, regresó ayer noche á Hannover bajo un disfraz.

—¿Con qué objeto?

—Hé ahí lo que ignoro todavía; pero lo que me hace abrigar temores respecto de Felipe, es que Jorge se vistió ya una vez ese traje para ir á Debreczin, el día en que el conde fué herido.

Al concluir estas palabras, Andrea se levantaba y se echaba á la cara la capucha de su abrigo.

—¿No aguardais á Karl? repuso Margarita.

—No; ese Bilderdyck de quien te he hablado, debe hallarse de regreso, y sin duda tendré que dar á Dietrich algunas instrucciones acerca de él.

—Entonces diré á Karl que vaya en seguida á tomar vuestras órdenes.

Andrea pareció como que reflexionaba un instante.

—¿No tiene esta casa mas que una salida? dijo con inquietud preocupacion.

—Sí; este otro estudio, al que se baja por algunos escalones, da á pié llano al jardín.

—¿Y ese jardín tiene una salida al cercado de los Tilos?

—Sí, señora condesa.

—¿Tienes la llave de esa puerta?

—Debe estar en el cajón de este mueble, dijo Margarita yendo á abrir una mesa de encima; tomad, aquí está.

—Gracias, dijo Andrea, deslizándola en su fiamosera; decid á Brawer que me aguarde esta noche, que volveré.

—¿Solo? preguntó Margarita tímidamente.

—Vamos, dijo Andrea apoyando los labios en su frente, ya veo que quieréis despedirte dos veces de tu prometido. Hasta la vista Margarita.

—Hasta la noche, mi querida señora, dijo Margarita, acompañándola hasta la puerta del estudio.

—¿Qué desorden, Dios mío! exclamó la linda niña cuando se hubo quedado sola; vaya que Mme. de Ruminghem debe llevar buena opinión de mi amigo Karl. ¡Ah! hay que hacer toda una transformación completa, prosiguió diciendo mientras comenzaba á arreglar los jarros vacíos, las pipas rotas y los naipes grasientos, que esmaltaban el suelo del estudio.

Apresurémonos á disculpar al pobre muchacho de una acusación injusta en cuanto á este último detalle, porque todos aquellos objetos de taberna habían sido cuidadosamente colocados allí por la mano del joven pintor que los tomaba por modelos para su cuadro.

La joven se detuvo de improviso delante del cuadro en que Brawer había trazado un bosquejo atrevido, lleno de movimiento y de vida.

—¿Qué caras de pícaros! repuso Margarita sonriendo; á todos se les podría ahorcar solo por el semblante que tienen. ¡Y cuando pienso que Karl pasa la mitad de su vida en compañía de estos borrachos y bribones; que durante semanas enteras transforma su taller en un figón, en el que el primer vagabundo que llega tiene derecho para entrar y sentarse á la mesa, si puede justificar que tiene cara de tunante, es cosa capaz de confundir á cualquiera!—¿No quieréis que vaya á las tabernas á estudiar los modelos del natural? me dijo riendo; pues bien, la taberna vendrá aquí. Y ha cumplido su palabra. Hé aquí los vasos y las pipas, Schrag, Bilderdyck, Guildens-tern y Wamy; y en esta otra habitación el barril de cerveza: ya no falta más que la muestra encima de la puerta. En fin, añadió apoyándose en el respaldo del sillón; mas me gusta verle pintar fumadores y borrachos, que diosas y bacantes, como maese Jordaens; también me diría que tenían que venir á servirle de modelos en su taller. ¡Nada de eso! corre menos peligro con estos

aventureros : vaciarán su bodega, pero no me robarán su corazón.

—¿Quién habla de vaciar una bodega? murmuró una voz ronca en la escalera.

Margarita lanzó una exclamación de espanto, echándose hacia atrás.

El vencedor del tiro de paloma de Neuslady, el ilustre capitán Bilderdyck, con el rostro muy colorado, la mirada vacilante, propia del borracho, y las piernas temblorosas, se adelantó hacia ella con sombrero en mano.

—Recibid, señorita ó señora, mis cumplimientos, mas.... mas....

—Vinosas, dijo Margarita á media voz y sin dejar de retroceder.

—¡Triunfantes! exclamó Bilderdyck, quien acababa de encontrar su epíteto.

—Ahora os conozco, repuso Margarita algo tranquilizada, sois Mr. Guildenstern.

—¡Guildenstern! exclamó el capitán agitando en el aire su mano izquierda. ¡Qué disparate! está debajo de una mesa; pero respetemos á la humanidad doliente. ¡Soy el capitán Roberto Bilderdyck! No confundamos, ¡voto á una rosa! Acá para entre nosotros, señora mía, Guildenstern no vendrá hoy á servir de modelo: á estas horas está apuntando tres *batsen* á la sota de copas.

—Y vos no podeis sosteneros sobre vuestras piernas, dijo maliciosamente Margarita, quien iba subiendo hacia la puerta á medida que el borracho se adelantaba por el estudio.

—Yo, contestó jactanciosamente Bilderdyck, aguanto seis botellas despues de comer.

—¿Y venis aquí para servir de modelo de Baco montado en un tonel?

—En primer lugar, dijo sentenciosamente el borracho, la leyenda del tonel es apo... apógr... apócrifa! ¡U! *et scyphos amphorae!* ¡Ved á Virgilio! vedle! ¡Es que recuerda uno algo de sus estudios de humanidades! voto á un ramillete!

—¡No estais poco achispado! repuso Margarita al ver al capitán describir espirales por medio del estudio y enganchar su espada en todos los muebles.

—¡Achispado yo! achispado! soy equiponderante! Vais á verlo: planteadme una cuestion de hidrografía ó un lindo problema como el del peso de los líquidos.

—Servidora vuestra, capitán Roberto Bilderdyck, dijo Margarita desde el umbral de la puerta.

—¿Cómo! ¿no me haceis compañía, hermosa niña, mientras vienen á reunirse conmigo Schrag y Wamby, á quienes he citado aquí?

—Tendreis la bondad de disculparme con esos señores, dijo la jóven lanzándose á la escalera.

—Es muy linda esa chucuela, dijo el capitán registrando el bolsillo de su casaca. ¡Bah! las mujeres! la mejor de todas no vale una pipa de tabaco!

Y despues de haber llenado cuidadosamente una pipa corta de barro, comenzó á echar lumbres.

—¡Se me va la cabeza, voto al chápiro! dijo cayendo en un sillón. ¡Es esa picara ginebra! Vamos á ver, capitán, ¿por qué bebes ginebra?

—¡Eh! eh! bueno está este ahora con sus sermones! Bebo porque tengo pesadumbres, y así me consuelo; sí, ¡tengo pesadumbres! Solo tenía yo un amigo y se ahogó, porque yo no disparé á Bernardo! fué él! él!

Una contraccion nerviosa agitó de improviso los músculos de su rostro; se puso de pié de un salto, y mirando en torno suyo con expresion de espanto, exclamó con voz sorda.

—¡Ah! miserable de mí! he bebido, estoy borracho y hablo! ¡Picaro, cobarde! olvidas tu juramento enfrente de una botella! mira á esa sangre, bandido, para acordarte del patíbulo!

Y Bilderdyck, al acabar de decir estas palabras, se metió la mano en el pecho y sacó un papel dobiado en el que se veían dos grandes manchas oscuras. Aquel papel era la carta cogida á Bernardo. Aquellas manchas eran de sangre.

—¡Ah! ah! eso te disipa un poco la chispa, repuso mirando á aquel recuerdo siniestro; sin embargo, no es el miedo lo que te produce ese efecto, porque no crees en las ánimas en pena.

Vamos Bilderdyck, contéplate en esa carta, como en un espejo, que si quieres puedes verte en ella rico y venturoso.

Al cabo de algunos segundos de silencio, el capitán deslizó la carta en un escondite practicado entre el paño y el forro de su casaca; en seguida bebió algunos sorbos de agua, y se pasó varias veces la mano por la frente como para desterrar los últimos vapores de su embriaguez.

—Si, si, puedes ser rico, si sabes aprovechar la situacion. Ya eres el agente, el confidente del principe Jorge, y el servidor adicto de Mle de Ruminghem. ¿Quién te impide que agregues á esa lista el nombre de Sofia de Brunswick?.... De seguro te haria un ducado de oro por cada letra que contiene esta carta. Verémos á cuanto se la hare subir cuando se abra la subasta.

Dos golpes dados en la puerta del estudio interrumpieron subitamente estas reflexiones.

—Entrad, gritó Bilderdyck.

Un soldado con el uniforme destrozado y lleno de manchas de vino, entró en el estudio. Una venda ancha de seda negra le ocultaba la mitad de la cara.

—¡Toma, es Guildenstern! dijo el capitán sacudiendo la ceniza de su pipa. Entra, entra, que estamos solos.

El soldado se dirigió hacia él con paso firme, y levantando con una mano la venda que ocultaba sus facciones, descubrió un semblante vulgar, una frente deprimida, una boca de labios abultados y salientes, juanetes huesudos, leemente sonrosados, y una cabellera espesa de un color rubio claro.

Dos pupilas ardientes, negras y brillantes, se fijaron en seguida en el capitán con una expresion tan irónica é imperiosa, que Bilderdyck retrocedió tres pasos.

—¡El principe Jorge! dijo con voz ahogada por la e nocion.

—Guildenstern, si gustais, capitán Bilderdyck, dijo el principe friamente.

—¡Vos, monseñor! vos, con ese traje!

—¿No preguntásteis por mí en palacio esta mañana, al llegar á Hannover?

—Si señor, pero....

—¿Os han contestado que me hallaba en el campo de Ulcea?

—Si señor.

—Entonces fuisteis á la taberna de las *Tres Espadas*, á donde el pintor Brawer ha ido á buscar modelos para el cuadro que está concluyendo en este momento: esos modelos sois vos, Schrag y Guildenstern.

—Todo es exacto, señor.

—Schrag va á reunirse conmigo dentro de un momento.

—¿Cómo, señor! queréis....

—Asistir á una sesion de pintura que puede ser muy interesante. Brawer va á volver; un amigo suyo, á quien ya conocéis algun tanto, Mr. Abrahamsen, va á venir á visitarle, es muy probable que Brawer, mientras trabaja, hable sin hacer mucho caso de nuestra presencia.

—Es muy posible.

—Hablara, sobre todo, con su amigo.

—¡Oh! dijo Bilderdyck, ese holandés nada tiene de hablador.

—Mientras llega el momento de que yo pueda juzgarlo, hablemos un poco de nuestros asuntos, capitán Bilderdyck. ¿Habeis desempeñado vuestra mision?

—Concienzudamente.

—¿Habeis visto á Mr. de Koenigsmark?

—Hace dos dias.

—¿Y va á venir esta noche á casa de Brawer?

—A las ocho. No ha vacilado un solo instante para prometerlo en cuanto ha sabido el nombre de la persona á quien ha de encontrar aquí.

Una sonrisa siniestra pasó como una llamarada por el semblante de Jorge.

—Entonces solo os resta entregarme la carta de la persona de quien hablabais hace un momento.

—¡Ah! murmuró Bilderdyck entre dientes y moviendo la cabeza, vamos demasiado de prisa en los negocios, monseñor. ¡Sis un avaro incorregible! Consiento en concederos por un pre-

cio muy moderado el pistoletazo que descerrajé al pobre Bernardo; pero en cuanto á la carta de vuestra mujer, es una cuestion de dinero mucho mas formal.

—¡Estoy esperando! dijo Jorge friamente adelantando la mano.

—Perdonad, dijo el capitán como un hombre distraido que sale de pronto de su éxtasis; ¿me peñis el mensaje que debia llevar ese pobre Bernardo?

Jorge hizo una seña afirmativa, fijando en el capitán una mirada profunda.

—Pues bien, monseñor, estabais mal informado: Bernardo no llevaba carta alguna sobre sí.

—¿De veras! dijo Jorge sin perder lo mas mínimo de su impassibilidad.

—¡Lo afirmo por mi honor!

—¿Podriais decirme, entonces, cómo adivinasteis el dia, el sitio y la hora de la cita dada á Mr. de Koenigsmark, y cómo es, en fin, que este que pasa por ser un hombre formal y prudente, haya tenido tan ciega confianza en vos á quien no conoce?

—El asunto es muy sencillo, monseñor.

—Os dispenso de darne aquí ese título, exclamó el principe in erumpiéndole; continuad.

—Cuando hice fuego sobre Bernardo, me hallaba emboscado en el lado izquierdo del camino; ahora bien, como en la oscuridad no podia cerciorarme del resultado obtenido, eché pié á tierra, y describiendo un largo rodeo, acudí como para prestar auxilio á aquel pobre viajero, á quien un bandido acababa de asesinar. El golpe era bueno y el ardid excelente: ¡Bernardo creyó encontrar en mí un amigo, un salvador; le juré que sus últimas voluntades serian sagradas para mí; vió en mí ofrecimiento un medio postrero para salvar á su ama, y me lo confió todo.... verbalmente! En cuanto á Mr. de Koenigsmark, justamente porque no me conocia, es por lo que ha tenido confianza en mí.

Harémos observar de paso, que la historia inventada por el capitán, resultaba verídica con respecto á Abrahamsen.

Bilderdyck poseia una multitud de habilidades; tenia unas manos sumamente diestras, como se dice vulgarmente.... y no habia hecho mas que entregar una copia, ó mas bien, un maravilloso *fac-simile* de la esquela de Sofia de Brunswick.

—No está mal, dijo Jorge cuando el capitán hubo terminado su improvisacion. Segun eso, ¿estais muy seguro de no tener el papel que os re- clamó?

—Completamente seguro, afirmó Bilderdyck con magistral impudencia. S. A. la princesa de Tell tema bastante confianza en la inteligencia y la adhesion de Bernardo para darle un encargo de esa importancia.... y creó....

—Mr. Bilderdyck, dijo Jorge interrumpiéndole y apoyando un dedo en el hombro del aventurero, sucede con frecuencia que cuando un hombre de mi rango necesita los servicios de un hombre de vuestra especie, este último tiene maligno placer en humillar á su amo, para procurar hacerle bajar á nivel suyo. Tened cuidado no vayais á caer en ese error: cuento pagar caros, muy caros, vuestros servicios; pero ha de ser con la condicion espresa de que os pondréis guantes para tender la mano, y que hablaréis con el sombrero quitado. Muchas veces me cuesta trabajo mandar castigar á un perro de caza, que ha cometido una falta, pero que quiero á los perros; pero cuento por nada la existencia de un necio, que quiere hacerse el asnto conmigo y cree poder tratar de potencia á potencia. Veamos, ¿cuánto queréis, capitán Bilderdyck?

Y Jorge hizo saltar una bolsa en su mano izquierda.

—Seria el precio de un perro sin tacha, si yo pudiese cerrar el trato, dijo humildemente el capitán.

Hubo un momento de silencio bastante largo, durante el cual Jorge tomó un sillón y se sentó con admirable tranquilidad.

—Capitán, repuso, ¿conoceis á la condesa de Ruminghem?

—Hace ya tres años.
Solo mentía en dos años y once meses.
—¿Os paga bien?
Bilderdyc miró al príncipe con cándida sorpresa.
—Demasiado bien, dijo, para un servidor adicto del príncipe de Hannover; pero como el tabernero, el sastre y el hostalero se niegan obstinadamente á fiarme; como tengo la debilidad de que me gustan el vino y la ropa de abrigo, y de preferir los ramos amarillos de un techo de cama á las estrellas del firmamento, he juzgado oportuno y útil pertenecer un poco á Mme. de Ruminghem.
—Sois de la escuela materialista.
—En ciertos dias.
—Pues bien; perteneced por completo á Mademoiselle de Ruminghem, Mr. Bilderdyc; desde esta tarde os devuelvo vuestra libertad.
—¡Ah! dijo el capitán estupefacto.
Jorge se había levantado y parecía que estaba examinando los muebles.
—¿Cómo! continuó el aventurero, ¿me retirarais vuestra confianza?
—No por cierto, capitán, os doy las gracias y nada más.
—¿Y por qué?
—Porque ya no necesito vuestros servicios.
¿A dónde conduce esa escalera?
—Al cuarto de Brawer.
—Cuarto sin otra salida, ¿verdad?
—Sí, monseñor.
—¿Vais á comenzar de nuevo á darme tratamiento? dijo Jorge alcanzando una carabina colocada encima de la chimenea.
—Teneis razon, soy torpe.
—Capitán.
—Amigo Guildenstern.
—Abrid esa puerta.
Y Jorge le señaló la puerta de la sala baja.
Al ir Bilderdyc á ejecutar esta orden, pasó por delante de un espejo grande de Venecia, y en la reflexion del cristal, vió que el príncipe quitaba bruscamente la piedra de chispa del arma que tenia en la mano.
—¡Diablo! hé ahí una indiscrecion que promete! dijo, y abrió la puerta de par en par.
—¡Entrad, Schrag! gritó el príncipe.
Una especie de Titan andrajoso, con la cabeza envuelta en un pañuelo rayado atado en la oreja izquierda, los hombros cubiertos con una mala capa, y todo lleno de harapos, uno de los mandrines mas espléndidos de Jacobo Callot en fin, apareció en el umbral de la puerta.
—¡Voto á un volubilis! exclamó Bilderdyc interiormente, retrocediendo tres pasos; esto, no solo promete, sino que ya comienza á dar fruto.
Schrag abrió un poco su capa para saludar al príncipe, y el capitán pudo distinguir en aquel movimiento rápido la cazoleta de una espada de dragon hannoveriano.
—¡Acércate! dijo Jorge.
Schrag se acercó á él con un paso rastrero y vacilante, como un mal pobre, que mas bien espera golpes que una limosna.
Un gesto imperioso clavó á Bilderdyc en una silla.
—Todo está corriente, dijo Schrag en voz baja; no necesitamos nuestra cuerda de nudos para penetrar en el jardín; una de las barras de la verja está enmohecida y cederá al primer empuje.
—Cuando den las ocho en el reloj de palacio, entraréis en el jardín y subiréis los tres, sigilosamente á la sala baja; solo por allí es por donde intentará huir.
—¿Y si por casualidad se quedase aquí?
—Entonces le mataréis aquí, dijo Jorge con un movimiento leve de impaciencia.
Schrag levantó rápidamente su mano derecha al aire, haciendo sonar sus dedos como castañuelas.
—Bien, murmuró Bilderdyc, quien les observaba desde lejos, ahora sé á qué atenerme: ese tono de Schrag tiene ciertos movimientos nerviosos habituales de que debería deshacerse. Esta noche va á dar muerte á alguien, y ese alguien

será el coronel de los drabanes de Suecia, el conde Felipe de Koenigsmark.
—A proposito, repuso Schrag, ¿qué harémos de Bilderdick?
Jorge pareció que vacilaba un instante.
—Como volveréis juntos á la taberna, emborachadle y avisad al oficial de la guardia de palacio, quien se encargará de él.
Esta vez no castañeteó Schrag con los dedos; pero se restregó las manos de una manera rabiosa.
—Ergo, dijo Bilderdyc, vamos á jugar una mala pasada á un amigo, y ese amigo será el capitán Bilderdyc. Es un hombre precioso ese Schrag, en los dias en que está nervioso.

III.

NICCOLO MAQUIAVELO, MERCADER DE LONA PARA VELAS, EN EL MALECON DE LA CABEZA DE FLANDES, EN AMBERES.

Los peldaños de la escalera rechinaron en aquel momento bajo la presion de un paso pesado y acompasado.
—No olvidéis vuestro papel, capitán, dijo Jorge bajándose la venda que le desfiguraba, y calandose hasta los ojos un ancho sombrero de fieltro.
—La cabeza astuta y risueña de maese Abrahmsen se deslizó en aquel momento por la abertura de la puerta.
—Perdonad, señores, dijo con voz cariñosa: ¿es este el estudio de mi amigo Karl Brawer?
—Entad, mi querido Mr. Abrahmsen, exclamó Bilderdyc saliéndole al encuentro.
—¡El capitán Bilderdick! replicó el holandés saludándole ceremoniosamente para dispensarse de estrechar la mano que le tendia, ¿y Karl?
—Le estamos esperando: estos señores que os presento (Jorge y Schrag se inclinaron), son alicionados á las artes y las protegen.
—¿Comprando cuadros? preguntó el holandés con aire bonachon.
—No precisamente, dijo Karl Brawer, quien acababa de entrar; se contentan con dejarme en alquiler sus graciosas figuras.
—¡Ah! muy bien! dijo Abrahmsen cambiando un apretón de mano con el artista.
—Querido maestro, dijo Bilderdyc con seguro acento, este pobre Guildenstern, a quien tengo la honra de presentaros, se cayó ayer noche....
—Sobre un puñetazo, dijo Karl riendo é interrumpiéndole; pues bien, no hay mal que por bien no venga: me falaba un estropeado para el segundo término de mi cuadro, y el vendaje de Guildenstern hará maravillas. Vamos, capitán, vos que conocéis el movimiento de esos personajes, indicad á esos señores la postura en que han de colocarse; no perdamos tiempo porque hoy solo puedo consagraros una hora. Perdonadme, Abrahmsen, soy con vos al instante.
—¿Dónde estan las pipas y los jarros? preguntó Bilderdyc, quien acababa de colocar la mesa y el banco en que habian de agruparse los tres modelos.
Karl se cruzó de brazos con desaliento, buscando con la vista los objetos que reclamaba el capitán.
—Margarita habrá arreglado la habitacion, dijo, introduciendo el desorden en ella.
Habiendo ayudado Schrag á su colega en sus preparativos, los tres personajes se sentaron alrededor de la mesa, mientras que el pintor se colocaba delante de su caballete.
—Tomad una pipa, Abrahmsen, continuó Karl comenzando á bosquejar la cabeza del fingido Guildenstern, quien, colocado de perfil y en la sombra, no dejaba ver mas que la cuarta parte de su rostro.
—¡Guildenstern! murmuró el holandés escogiendo una pipa en un tarro de porcelana de la China; ¡Guildenstern! esto es muy curioso.... el mio tiene un vendaje sobre el ojo; pero su bigote es negro como la tinta y él es charlatan como una marica; mientras que este es rubio como unas candelas, y callado con un pez.

—¿Habeis ido á la córte desde nuestra última entrevista a? dijo Brawer.
—No por cierto; el príncipe Jorge está en el campamento de Ulzen, y el gran elector se halla harto absorto por los asuntos políticos para ocuparse de mí. ¿Sabe's, querido Karl, que habeis hecho progresos increíbles? continuó yendo á colocarse detrás del taburete del pintor.
—Os advierto que no soy modesto, y acepto el cumplido sin reticencias.
—Y haceis bien. Vuestra composicion tiene vida, movimiento; el retrato del capitán, sobre todo, ofrece una semejanza.....
—Sorprendente, ¿verdad? dijo Bilderdyc sonriendo.
—Solo desearia que Mr. Guildenstern estuviese mas espuesto á la luz; creo que la cabeza ganaria si se viesen las tres cuartas partes de ella.
—Volveos un poco hacia mí, Guildenstern, dijo Brawer deseando apreciar en el acto la exactitud de la observacion.
Jorge pareció que vacilaba antes de obedecer aquella orden.
El enviado de Ana Estuardo se puso en seguida unas gafas de concha, y con la cabeza echada hacia atras y las manos en los bolsillos, comenzó á examinar á Jorge con pertinaz curiosidad.
—¡Por Santa Gúdula de Brusela! la semejanza es maravillosa, dijo hablando consigo mismo; ¡con ese diablo de hombre va uno de sorpresa en sorpresa! vamos á verlo.
Y repuso en alta voz:
—¿Conoceis al príncipe Jorge, Karl?
—Muy poco, contestó el pintor; creia habérselo dicho ya.
—Es verdad, dijo Abrahmsen, y me disteis á entender que sentiais muy poca simpatia hacia él.
—Me es del todo indiferente.
—Pues bien; os participo que estoy muy lejos de opinar como vos; me intereso muy particularmente por S. A.
Jorge permaneció mudo.
Schrag dió con el pié, por debajo de la mesa, á su colega, para advertirle que estuviese en guardia.
Guildenstern habia sido presentado como contuso, y no como mudo; así, pues, le era muy facil á Abrahmsen hacerle pronunciar algunas palabras; pero este experimento ofrecia peligro, porque Brawer podia conocer lo mismo que él aquella voz.
Una inspiracion repentina, escéntrica, puso súbitamente en movimiento la imaginacion inventiva de maese Abrahmsen.
Acababa de encontrar el medio de cerciorarse de la identidad del misterioso Guildenstern, y de desempeñar en el acto su mision diplomática en Hannover.
—Mirad Karl, perdonad mi franqueza; pero hay una cosa que me choca en vuestro cuadro.
—¿Qué es? preguntó el pintor mirándole con sorpresa.
—¡Oh! un simple detalle: necesitariais ahí una mujer, una corpulenta criada de figon.
—¿Y dónde diablos quereis que la ponga?
Abrahmsen dió vuelta á la mesa y pasando por detrás del príncipe, le dijo:
—En este sitio. Cogeria así la muñeca de Mr. Guildenstern, quien habria intentado arrancarle el jarro que tiene en la mano. Mirad, yo serviré de modelo para la criada.
Y maese Abrahmsen, el millonario, el agente de confianza de S. M. la reina Ana de Inglaterra, cogió delicadamente la muñeca de Jorge, teniendo sumo cuidado de apoyar el dedo índice en la arteria radical, para juzgar por medio de las pulsaciones las sensaciones que pensaba causarle.
Jorge no tuvo tiempo siquiera para oponerse á tan singular demostracion.
El agrupamiento de las figuras estaba indicado con sumo acierto.
—¡Viva! exclamó Brawer, estais magnifico de criada de figon, que ido Abrahmsen. Por favor os pido que no varieis de postura y me concedais diez minutos para hacer mi bosquejo.
—Os doy un cuarto de hora, dijo el holandés

mirando á la esfera del reloj, y esto en caso de que Mr. Guildenstern tenga á bien permitirlo.

—Corriente, dijo Jorge casi en voz baja.

Durante el primer minuto, Abrahmsen hizo las tres observaciones siguientes: primera, que Mr. Guildenstern tenia una mano en extremo blanca y suave, dedos afilados y uñas abombadas, cortadas con el mayor cuidado; segunda, que en el dedo indice de la misma mano llevaba un rubi de mil doscientos á mil trescientos ducados; tercera, que su pulso daba mas de ochenta pulsaciones por minuto.

—Sois verdaderamente un hombre universal, Abrahmsen, repuso a'egrementemente Brawer. Sois alternativamente mercader, artista ó embajador.

—¡Oh! dijo modestamente, agente diplomático y nada más.

—Encargado de una mision secreta, continuó Karl con importancia.

—¡Eh! eh! acaso digais la verdad chanceándose.

—Entonces tanto mejor para vos, mi querido Abrahmsen.

—Tambien podriais decir que tanto mejor para la reina Ana, porque antes de poco tiempo espero prestarle servicios de la mayor importancia.

—Ya me contaréis eso en un dia de lluvia.

—Os lo contaré al instante, dijo Abrahmsen dejando de hablar alemán para continuar la conversacion en holandés.

Abrahmsen sabia, hacia mucho tiempo, que el príncipe hablaba aquella lengua como un Stalhonder de Overysse.

—Nadie podria dejarse coger con mas complacencia, observó Bilderdyck entre dientes.

—Os haré observar que no os pido me entereis de vuestros asuntos, replicó Karl igualmente en holandés.

—Lo comprendo; pero como he venido expresamente á pedir un consejo, mi indiscrecion es interesada.

—Entonces ya os escucho.

—Creo que recordaréis que hace algunos años se trató de un enlace entre el príncipe Jorge y Ana Estuardo.

—Sí, y siento sinceramente por mi querida princesa y señora que ese matrimonio fuese destruido por el elector.

—Puedo aseguraros que el príncipe Jorge lo siente mas aun que vos, porque todas las virtudes de Mme. Sofia no alcanzan á consolarle de la pérdida de un trono.

—Por la razon muy sencilla de que los ambiciosos como Jorge, encierran su corazon en una caja de perfumes.

—Pues su mujer bien dió el suyo al señor conde Felipe de Koenigsmark.

Un estremecimiento subitito agitó la mano de Jorge.

—¡Ah! no nos lancemos á ese terreno, maese Abrahmsen, repuso enérgicamente el pintor, amo y venero á la princesa Sofia, y me causaréis mucha pesadumbre si insistis en esa cuestion.

—Corriente, el pasado ha muerto, no removamos sus cenizas; solo el presente nos interesa. Ana Estuardo, hartó buena, y sobre todo demasiado débil para guardar rencor á su primo, quiere vengarse de su traicion como mujer de corazon y de talento, nombrándole heredero del trono para sucederla.

—El, rey de Inglaterra! exclamó Brawer encogiéndose de hombros; ¡nunca, nunca!

—¡Oh! calmaos, amigo mio! La reina perdona; pero la mujer se acuerda siempre. Jorge de Hannover nunca será rey de Inglaterra mientras viva la princesa Sofia, ó mientras sea princesa de Hannover.

—Lo cual quiere decir, repuso Karl, que le dejan la eleccion entre el veneno y el divorcio. ¿Sabeis que siendo un simple mercader de telas, estais haciendo el papel de un familiar del Santo Oficio?

—Pues si yo no hago nada, absouitamente nada! Solo observo y tomo notas.

—¿Y qué resulta de vuestras observaciones y vuestras notas?

—Que el príncipe Jorge, que se tiene por un po-

litico muy hábil, se conduce como un estudiante celoso y arrebatado, que no conoce mas ley que la violencia. Raciocinemos un poco, querido Karl. Ana Estuardo, que nunca ha hallado ocasion de apreciar las preciosas cualidades de la princesa Sofia, no tiene motivo alguno para quererla; diré mas, no debe perdonarle los pesares que le ha causado.

—¿Y decís que vuestra ama es buena?

—Es mujer ante todo. Jorge hubiera debido comprender eso y no despertar torpemente sus celos.

—¡Ah! repuso Karl irónicamente, la reina Ana juzga que la princesa es todavia demasiado feliz en la corte de Hannover!

—La reina Ana piensa que si Jorge, en el fondo, no adorase á su mujer, se ocuparia menos de Mr. de Koenigsmark, y que las trincheras suecas construidas delante de Debreczin no serian minadas con una precision tan matemática.

Abrahmsen sintió que la mano de Jorge se helaba en la suya.

Continuó diciendo:

—Para un rey es mal precedente un asesinato, porque el pueblo que está llamado á gobernar, no le perdona que haya herido con el puñal, cuando podia servirse de la espada de la ley. Cuando un hombre se llama Jorge de Hannover, no ha de cortar esos nudos con la espada, sino desatarlos aprovechando hábilmente los sucesos. Cuando un hombre se llama Jorge de Hannover, y tiene por rival á un héroe como el conde de Koenigsmark, es muy torpe ó está muy mal servido, si no encuentra un motivo formal para romper un matrimonio ridiculo.

Brawer se levantó pálido y tembloroso, y le dijo con voz agitada por la cólera y la indignacion:

—¿Con que es ese el trato vergonzoso que venís á negociar aquí? ¡Preciso es que hayais perdido toda idea del bien, todo sentimiento humano! Decís que quereis pedirme un consejo; ¡no olvideis el que voy á daros, maese Abrahmsen!.... Karl Brawer tenia un antiguo amigo que vendia lona en el malecon de la Cabeza de Flandes, en Amberes. Ese amigo ha muerto y llora su pérdida. Un dia entró en este estudio un hombre, un miserable, que habia tomado el nombre, las facciones y hasta la voz de aquel amigo para venir á proponer á Karl Brawer que se asociase á una infamia. Ahora bien, hé aqui lo que le contestó el pintor: « Soy el servidor fiel y adicto, el amigo sincero de aquellos á quienes quereis perder; soy el enemigo implacable y encarnizado de los ambiciosos y los cobardes á quienes servís.

—Sois un niño, Karl, dijo Abrahmsen acercándose á él.

Karl retrocedió con viveza, y señalándole la puerta con un ademán enérgico, exclamó:

—¡Espero que comprenderéis, caballero, que es la ultima vez que habeis de trasponer los umbrales de esta casa!

—Comprendo, dijo sencillamente el holandés, y tomando su sombrero y su baston, salió con lentitud, despues de haber dirigido una sonrisa de inteligencia al capitán Bilderdyck.

Karl tomó entonces de sobre la mesa la pipa y el jarro que habia usado Abrahmsen, y los tiró por la ventana haciendo un gesto de repugnancia.

El buen pintor temia que le contagiase la lepra de la ambicion.

—¿No arabajais mas? preguntó Bilderdyck levantándose.

—No, contestó brutalmente, podeis marcharos.

—Hasta mañana, señor Karl Brawer, hasta mañana, dijeron los tres hombres al retirarse.

—Hasta mañana, repitió el pintor echándose en un sillón.

—Contad con nosotros, señor, murmuró Schrag al oido del príncipe.

—He reflexionado, dijo Jorge dándole una bolsa; pagad á vuestros hombres y despedidos.

—¡Ah!

—Estaréis solo y sin armas, á las ocho, delante de la verja del jardin.

—¿Y el capitán?

—¡Oh! haced de él lo que querais, me importa muy poco.

IV.

LA PRINCESA SOFIA.

Habia trascurrido ya una hora desde la partida de Jorge y de sus compañeros, cuando Karl, saliendo de su meditacion, se levantó para ir á mirar el reloj, que á la sazón señalaba las siete.

El sol poniente, al filtrarse por entre la niebla, solo iluminaba el estudio con un resplandor rojizo y vacilante.

—Ese miserable Abrahmsen me ha hecho olvidar la hora. ¡Qué pronto ha caido la tarde! dijo describiendo por completo la cortina de la ventana, y volviendo su caballete para que la luz diese de lleno en su bosquejo. Será imposible que juzgue el efecto de mi obra; he prometido ir á reunirme con ella en la capilla Nueva, y no puedo faltar á mi palabra. ¡A la verdad que será cosa de ocuparse de mi cuadro, cuando están conspirando contra su honra y su reposo!

Y despues de haberse puesto el sombrero, escogió en una panoplia una espada bien montada, que se puso en su tahali de cuero.

En el momento en que ponía la mano en la llave de la puerta, sonaron en esta dos golpes dados por la parte de fuera.

Karl abrió bruscamente y se encontró en frente de una mujer, cuyo semblante estaba medio oculto por una careta de terciopelo negro.

—¿Estais solo, Karl? dijo.

—¡Vos, señora! exclamó el pintor atrayéndola suavemente dentro del estudio.

La desconocida se arrancó el antifaz, que tiró sobre la mesa, y tendió la mano al joven. Aquella mujer misteriosa no era sino la princesa Sofia de Brunswick, la discipula y amiga de Karl Brawer.

Sofia, alta y esbelta, llevaba un traje que daba aun mayor realce á la elegancia de su talle y á la pureza de sus formas.

Su traje se componia de una falda de raso de color de castaña, y de una amazona de paño del mismo color, sujeta en los costados con hebillas de acero.

Las mangas, ceñidas al brazo, se abrian en la sangria para dejar pasar un torrente de encajes; el cuerpo, cerrado hasta el cuello, terminaba por abajo en dos haldetas en forma de tonelete.

Un ancho sombrero blanco, con pluma de color de castaña, completaba aquel traje severo.

Unos ojos azules, dulces, claros y altivos, una nariz aguileña, una boca pequeña, en cuyos ángulos se dibujaba una sonrisa amable, que dulcificaba la espresion algo altanera de sus ojos, una cabellera espesa y sedosa, de un color rubio claro, que caia en rizos ondulados á lo largo de sus mejillas, daban á su fisonomia una espresion angelical.

(Se continuará.)

LOS TRAMPEROS DEL ARKANSAS.

NOVELA ESCRITA EN FRANCÉS

Por M. GUSTAVE AIMARD.

TRADUCIDA

Por D. J. F. SAENZ DE URRACA.

(Continuacion.— Véase el núm. 12).

IX.

DIPLOMACIA.

Era una audacia inaudita por parte del capitán, despues de lo ocurrido, ir así á entregarse, sin resistencia posible, á unos hombres que no vacilarian en sacrificarle para lograr completa venganza.

Por eso los cazadores estaban sorprendidos al ver el paso dado por el pirata, y comenzaban á sospechar un lazo; crecia de punto su estrañeza á medida que reflexionaban acerca de la gravedad de la conducta de aquel hombre.

Comprendían perfectamente que si le habían preso, era porque él había querido dejarse coger; porque, según toda probabilidad, tenía un interés poderoso para obrar así, sobre todo después del cuidado con que ocultó su paradero á todos y buscó una guarida tan impenetrable, que los mismos Indios, esos sabuesos finos á quienes por lo general nada alcanza á desorientar, habían renunciado á seguir buscándole.

¿Qué iba á hacer en medio de sus enemigos mas implacables? qué razon bastante poderosa podia haberle inducido á cometer la imprudencia de entregarse por sí mismo?

Hé ahí lo que se preguntaban á sí mismo los tramperos, mirándole con esa curiosidad y ese interés que no puede menos de concederse al hombre intrépido que ejecuta una accion temeraria, sea la que quiera su moralidad.

—Caballero, le dijo Corazon Leal al cabo de un instante, puesto que se ha entregado V. á nosotros, sin duda no se negará á contestar á las preguntas que juzguemos oportuno dirigirle.

Una sonrisa de indefinible espresion arqueó los labios descoloridos y delgados del pirata.

—No solo consentiré en contestar á VV., señores, contestó con voz serena y perfectamente acentuada, sino que tambien, si lo permiten, me anticiparé á sus preguntas, diciéndoles por mí mismo, espontáneamente, cuanto ha ocurrido, lo cual estoy seguro de que les aclarará muchos hechos que han quedado oscuros, y que en vano han procurado VV. comprender.

Un murmullo de estupor circuló por las filas de los tramperos, quienes habian ido acercándose y escuchaban con la mayor atencion.

Aquella escena adquiria proporciones singulares, y prometia ser en extremo interesante.

Corazon Leal reflexionó un instante y en seguida, dirigiéndose al pirata, dijo:

—Hable V. que le escuchamos.

El capitán se inclinó, y en seguida comenzó su relato con acento burlon: cuando hubo llegado á la toma del campamento continuó así:

—Estaba bien jugado, ¿no es verdad, señores? De seguro que solo pueden VV. dirigirme elogios; VV. que son maestros en esa materia; pero hay una cosa que ignoran y que voy á decirles: el apoderarme de las riquezas del general mejicano solo era para mí de una importancia secundaria; me proponia otro objeto, y este voy á dárosle á conocer; queria apoderarme de doña Luz.

Desde Méjico seguia yo paso á paso á la caravana; habia comprado al jefe de los guías, al Hablador, antiguo confidente mio: abandonando á mis compañeros el oro y las joyas, solo exigia la posesion de la jóven.

—Pues me parece que ha errado V. el golpe, exclamó Buenhumor interrumpiéndole con una sonrisa sardónica.

—¿Lo cree V. así? replicó el pirata con imperturbable aplomo; á la verdad, tiene V. razon; por esta vez he errado el golpe; pero aun no ha concluido todo, y acaso no se frustrará siempre mi intento.

—Aquí, en medio de los ciento cincuenta mejores rifles de la pradera, habla V. de ese proyecto odioso con tanta confianza como si se hallase en completa seguridad, en medio de sus bandidos, oculto en el fondo de una de sus madrigueras mas ignoradas; capitán, esa es una gran imprudencia, ó bien una temeridad singular, dijo severamente Corazon Leal.

—¡Ah! el peligro no es para mí tan grande como quieren hacérmelo creer. Saben VV. que no soy hombre fácil de atemorizar: así, pues, basta de amenazas, y discutamos, si gustan, como hombres formales.

—Todos nosotros, cazadores, tramperos y guerreros indios, reunidos en esta gruta, tenemos el derecho, obrando en nombre de nuestra seguridad comun, de aplicar á V. la ley de las praderas, ojo por ojo, diente por diente, como acusado y convicto, hasta por su propia confesion, de robo, asesinato y tentativa de rapto; esa ley vamos á aplicársela inmediatamente. ¿Qué tiene V. que decir en defensa suya?

—Cada cosa en su tiempo, Corazon Leal; pron-

to nos ocuparemos de eso; pero ante todo ruego á V. que terminemos lo que tengo que decirle; descuide que solo serán algunos minutos de retraso, yo mismo volveré á ocuparme de esa cuestion que parece tiene V. tanto empeño en resolver, instalándose por su propia autoridad como juez en este desierto.

—Esa ley es tan antigua como el mundo emana del mismo Dios: es un deber para todos los hombres honrados perseguir á una fiera cuando se encuentra en su paso.

—Esa comparacion no es muy lisonjera, contestó el pirata sin commoverse; pero no soy quisquilloso y no me formalizo por tan poco. Una vez por todas, ¿quiere V. dejarme hablar?

—Hable V., pues, y concluya pronto.

—Eso es justamente lo que deseo; escuchadme: En este mundo cada cual comprende la existencia á su manera: unos con holgura, y otros con mezquindad. En cuanto á mí, mi sueño dorado es retirarme dentro de algunos años al fondo de una de nuestras hermosas provincias mejicanas, con un bienestar modesto, y ya ven VV. que no soy ambicioso. Hace algunos meses, despues de ciertos negocios bastante lucrativos, que terminé con felicidad en las praderas, merced á mi valor y destreza, me hallé con una cantidad bastante crecida, que, según mi costumbre, resolví imponer con el fin de procurarme mas tarde el modesto bienestar de que he hablado. Me trasladé á Méjico para entregar mis fondos á un respetable banquero francés, establecido en aquella ciudad, que me los hacia producir, y que para un caso dado recomiendo á VV.

—¿Qué nos importa esa charla importunal exclamó Corazon Leal interrumpiéndole con violencia: ¿se burla V. de nosotros, capitán?

—Nada de eso, continuó. En Méjico hizo la casualidad que pudiese yo prestar un servicio importante á doña Luz.

—¿Usted! dijo Corazon Leal lleno de cólera.

—¿Por qué no? repuso el pirata; por lo demás, el asunto es muy sencillo: la libré de las manos de cuatro bandidos que se ocupaban en robarla concienzudamente; la vi y me enamoré perdidamente de ella.

—¡Caballero! caballero! dijo el cazador lleno de despecho y enrojado el semblante por la ira; eso escede ya á todos los límites. Doña Luz es una jóven de quien no debe hablarse sino con el mas profundo respeto, y no toleraré que la insulten delante de mí.

—Opinamos exactamente del mismo modo, repuso el bandido con tono zumbon; mas no por eso es menos cierto que me enamoré de ella: adquirí datos con suma destreza, averigué quien era, supe el viaje que iba á hacer, y hasta la época de su partida. Como V. ve, me favorecia la suerte. Entonces formé mi plan, el cual, como decia V. muy bien, hace un momento, ha quedado frustrado; pero al que, sin embargo, no renuncio todavía.

—Procuraremos arreglar eso.

—Y hará V. bien, si le es posible.

—Esta vez supongo que habrá V. concluido.

—Todavía no, si V. gusta; solo que ahora, para lo que me resta decir, es indispensable la presencia de doña Luz, pues solo de ella depende el buen éxito de mi mision cerca de VV.

—No le entiendo á V.

—Es inútil que V. me entienda en este momento; pero tranquilícese, Corazon Leal, que muy pronto tendrá la clave de enigma.

Da ante esta discusion prolongada, ni un solo instante habia perdido la tranquilidad de ánimo, la fisonomia burlona, el acento irónico y los modales llenos de desembarazo que confundian á los cazadores.

Parecia mas bien un caballero que se hallase visitando á unos vecinos en el campo, que un prisionero próximo á ser fusilado; sin duda alguna no se cuidaba lo mas minimo del peligro que corria en aquel momento; tan luego como hubo concluido de hablar, y mientras los tramperos se consultaban entre sí en voz baja, se ocupó en liar un cigarrillo envuelto en paja de maiz, que encendió en seguida y fumó muy tranquilamente.

—Doña Luz, repuso Corazon Leal con mal disimulada impaciencia, nada tiene que ver con esta discusion, y su presencia es innecesaria.

—Se equivoca V. de medio á medio, amigo mio, contestó imperturbablemente el pirata, echando una bocanada de humo; es indispensable, y hé aqui por qué: comprenderá V., desde luego, sin duda, que soy un zorro harto astuto para entregarme así voluntariamente á vosotros, si no tuviese detrás de mí á alguna persona cuya vida responda de la mia: esa persona es el tío de la señorita: si á las doce de la noche no estoy en mi madriguera, según me ha dispensado V. la honra de denominarla, en medio de mis buenos compañeros, á las doce y diez minutos en punto será fusilado sin remision el buen caballero.

Un estremecimiento de cólera circuló por las filas de los cazadores.

—Sé muy bien, continuó diciendo el pirata, que V. personalmente, se cuida muy poco de la vida del digno general, y que la sacrificaría V. generosamente en cambio de la mia; pero por fortuna para mí, estoy convencido de que doña Luz no piensa del mismo modo, y tiene en gran estima la existencia de su tío. Así, pues, tenga V. la bondad de rogarla que venga, á fin de que pueda oír la proposicion que tengo que hacerle: pasa el tiempo, el camino es largo de aquí á mi campamento, y si llegase yo allá demasiado tarde, solo VV. serian responsables de las desgracias que causaria este retraso involuntario.

—Héme aquí, caballero, dijo doña Luz presentándose; pues oculta entre la multitud, acababa de oír cuanto se habia dicho.

El pirata tiró su cigarro medio consumido, se inclinó cortesmente ante la jóven, y la saludó con respeto.

—Me felicito, señora, dijo, de la honra que se digna V. dispensarme.

—Basta de cumplimientos irónicos, caballero; ya le escucho: ¿qué tiene V. que decirme?

—Me juzga V. mal, señora, contestó el pirata; pero abrigó la esperanza de rehabilitarme mas tarde á los ojos de V. ¿No me conoce V.? Creí haber dejado en su imaginacion mejor recuerdo.

—Es muy posible, caballero, que durante cierto tiempo conser vase un buen recuerdo de V., repuso la jóven commovida; pero despues de lo que ha pasado de algunos dias á esta parte, ya no veo en V. mas que á un malhechor.

—La palabra es dura, señora.

—Perdonemela V., caballero, se lo ruego, si puede lastimarme; pero aun no me hallo completamente repuesta de los terrores que V. me ha hecho sufrir, y que el paso que hoy da V., aumenta en vez de disminuirlos. Así, pues, tenga la bondad de manifestarme sin tardanza cuál es su intencion.

—Me desespera en extremo, señora, ser tan mal comprendido por V.; la ruego no atribuya cuanto ha ocurrido mas que á la violencia de la pasion que siento, y crea V.....

—Caballero, ¿me insulta V. exclamó la jóven interrumpiéndole é irguiéndose con altivez: ¿qué punto de contacto puede haber entre mí y un jefe de bandidos?

Al oír el pirata este insulto sangriento, un calor febril tiñó sus mejillas, y se mordió el bigote con furor; pero haciendo un esfuerzo sobre sí mismo, sepultó en lo mas profundo de su corazon los sentimientos que le agitaban, y contestó con voz serena y respetuosa:

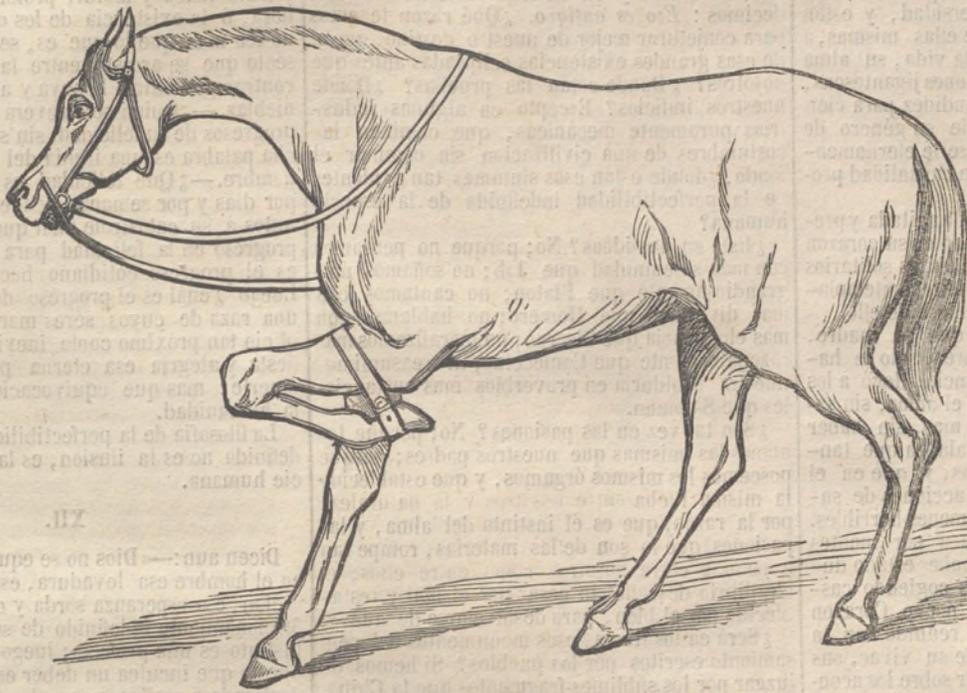
—Corriente, señora; puede V. abrumarme, lo he merecido.

—¿Ha sido por ventura, para decirme esas vulgaridades, para lo que ha exigido V. mi presencia? En ese caso no llevaré V. á mal que me retire: una jóven de mi clase no está acostumbrada á esos modales ni á esas palabras.

Y doña Luz hizo un movimiento para reunirse con la madre de Corazon Leal, quien por su parte se adelantó hacia ella.

—¡Aguarde V. un momento, señora! exclamó el pirata con violencia: puesto que desprecia V. mis ruegos, ¡escuche V. mis órdenes!

—¡Sus órdenes! exclamó el cazador lanzando un rujido y poniéndose junto al bandido de un salto, ¿ha olvidado V. quién es, miserable?



CORREA

LARGO

Primera posición.

— ¡Vamos! basta de amenazas, señores míos! repuso el pirata con voz sonora, cruzando los brazos sobre el pecho, alzando la cabeza y lanzando á los circunstantes una mirada de supremo desden: saben VV. perfectamente que nada pueden hacer contra mí, que ni tocarán á uno de mis cabellos.

— ¡Esto es demasiado! exclamó el cazador.
— Deténgase V., Corazon Leal, dijo doña Luz colocándose de ante de él: este hombre es indigno de la cólera de V.; le prefiero así: está representando su verdadero papel de bandido, y al menos ha arrojado la máscara!

— Si, ¡he arrojado la máscara! exclamó el pirata con un arrebatado de furor. Escúchen e V., pues, jóven imprudente y loca: dentro de tres días volveré. Ya ve V. que soy bueno, añadió con una sonrisa siniestra, puesto que la doy tiempo para reflexionar. Si al esjirar ese plazo, no consiente V. en seguirme, su tío será entregado á los tormentos mas espantosos, y como recuerdo mio postrero, enviaré á V. su cabeza.

— ¡Monstruo!... exclamó la jóven en el colmo de la desesperación.

— ¡Quite V. allá! dijo el pirata con una sonrisa infernal, cada cual hace el amor á su manera, y yo he jurado que ha de ser V. mi mujer.

Pero la jóven ya no podia oírle: vencida por el dolor, habia caído desmayada en los brazos de la madre del cazador y de Eusebio, quienes se apresuraron á llevársela.

— ¡Basta! dijo Corazon Leal con terrible acento, poniéndole una mano en el hombro; dé V. gracias á Dios que permite que salga V. de nuestras manos sano y salvo!

— Dentro de tres días, á esta misma hora, volverán VV. á verme, señores míos, dijo el pirata con desden.

— Hasta entonces puede variar la suerte, repuso Buenhumor.

El bandido solo contestó con una mueca burlesca; luego salió de la gruta, encogiéndose de hombros, con paso tan firme y tranquilo como si nada extraordinario hubiese ocurrido, sin dignarse siquiera volver la cabeza; tanto era lo seguro que estaba de la emocion profunda y del efecto extraordinario que habia producido.

Apenas hubo desaparecido, cuando Buenhumor, el Alce Negro y Cabeza de Aguila, marchándose por las otras sililas de la gruta, se lanzaron en seguimiento suyo.

Corazon Leal permaneció un instante pensativo, y luego, con el rostro pálido y la frente meditabunda, fué á informarse del estado en que se hallaba doña Luz.

X.

AMOR.

Doña Luz y Corazon Leal se hallaban uno respecto de otro en una posicion singular.

Jóvenes y hermosos ambos, se amaban sin atreverse á confesarlo.

Los dos, aunque su existencia respectiva hubiese transcurrido en condiciones diametralmente opuestas, poseian igual frescura de sentimientos, igual candidez en el corazon.

La infancia de la jóven habia pasado pálida y descolorida, en medio de practicas religiosas exageradas, en aquel pais en que la eligion de Jesucristo es mas bien un paganismo, que no la fé pura, noble y sencilla de nuestros comarcas.

La jóven nunca habia sentido latir su corazon. Ignoraba el amor lo mismo que el dolor.

Vivia como las avejillas en el espacio, olvidando la vispera y sin pensar en el día siguiente.

El viaje que es aba verificando habia cambiado completamente su existencia.

Al ver los horizontes inmensos que se extendian ante ella en la pradera: los rios majestuosos que pasaba; las montañas sobrias que con frecuencia se veia precisada á faldear, y cuyas desnudas cumbres parecia que tocaban al cielo, sus ideas se ensancharon, una venda cayó, por decirlo así, de sus ojos, y comprendió que Dios la habia criado para algo mas que para arrastrar en un convento una existencia inutil.

La aparicion de Corazon Leal, en las circunstancias escepcionales en que se presentó ante la jóven, sedujo á su imaginacion abierta á todas las sensaciones, dispuesta á conservar todas las impresiones fuertes que recibe.

Al ver la naturaleza privilegiada del cazador, de aquel hombre de traje salvaje, pero de rostro

varonil, de altivas facciones y de noble porte, Doña Luz se sintió conmovida á pesar suyo.

Consistia en que, sin saberlo, por la fuerza de las simpatias ocultas que existen entre todos los seres en la gran familia humana, su corazon habia encontrado al corazon que buscaba.

Mujer débil y delicada, necesitaba de aquel hombre enérgico, de mirada fascinadora, de valor indomable, de voluntad de hierro, para que la sostuviese en la vida y la amparase con su proteccion omnipotente.

Por eso de de el primer momento y con un sentimiento de felicidad indefinible, se dejó llevar por la pendiente que la arrastraba hacia Corazon Leal, y el amor se instaló en su alma como dueño absoluto, aun antes de que ella lo observase ni pensase siquiera en resistirse.

Los últimos acontecimientos habian despertado con fuerza inaudita aquella pasion que dormitaba en el fondo de su corazon. En aquellos momentos, en que se hallaba cerca de Corazon Leal, en que cada instante oia su elogio pronunciado por su madre ó por sus compañeros, habia llegado á considerar su amor como si formase parte de su existencia, y no comprendia que hubiese podido vivir tanto tiempo sin amar á aquel hombre á quien le parecia que conocia desde que nació.

Ya no vivia sino por él y para él: feliz con una mirada ó con una sonrisa suya; gozosa si le veia; triste cuando permanecia mucho tiempo alejado de ella.

Corazon Leal habia llegado al mismo resultado por un camino muy distinto.

Criado, por decirlo así, en las praderas, frente con la Divinidad, á la que se habia acostumbrado á adorar en las obras grandiosas que tenia incesantemente delante de la vista los espectáculos sublimes de la naturaleza; las continuas luchas contra los Indios ó contra las fieras le habian desarrollado en lo moral y en lo fisico en proporciones inmensas. Así como por su fuerza muscular y su destreza para servirse de las armas, destrozaba todos los obstáculos que querian oponerle; por la grandeza de sus ideas y la delicadeza de sus sentimientos era muy apto para comprender todas las cosas. Nada desconocia de

lo que era grande y bueno. Como sucede siempre á las organizaciones privilegiadas que desde muy temprano luchan contra la adversidad, y están entregadas, sin mas defensa que ellas mismas, á las eventualidades terribles de la vida, su alma se habia desarrollado en proporciones gigantescas, aunque conservando singular candidez para ciertas sensaciones que por razon de su género de existencia, le eran y habian de serle eternamente desconocidas, á no ser por una casualidad providencial.

Las necesidades diarias de la vida agitada y precaria que llevaba, habian ahogado en su corazon el germen de las pasiones; sus hábitos solitarios le habian hecho inclinarse á la vida contemplativa, sin que él mismo se apercibiese de ello.

No conociendo mas mujeres que su madre, pues las indias, por sus costumbres, solo le habian inspirado siempre repugnancia, llegó á los treinta y seis años sin pensar en el amor, sin saber lo que era, y lo que aun es mas, sin haber oido pronunciar nunca aquella palabra que tantas cosas encierra en cuatro letras, y que en el mundo es el manantial de tantas acciones de sublime abnegacion y de tantos crímenes horribles.

Después de un largo día de caza por montes barrancos, ó bien después de haber estado durante quince ó diez y seis horas cogiendo castores con trampas, cuando por la noche Corazon Leal y Buenhumor se hallaban reunidos en la pradera, al lado de la hoguera de su vivac, sus conversaciones solo podian versar sobre los acontecimientos del día, pues el canadense era tan ignorante como su amigo en aquella materia.

Trascurrían las semanas, los meses y los años sin producir variacion alguna en su existencia, excepto una inquietud vaga, sin causa conocida, que le minaba sordamente y que no acertaba á definir.

Es que la naturaleza tiene derechos imprescriptibles, y que todo hombre ha de someterse á ellos, sea la que quiera la condicion en que se encuentre.

Por eso, cuando la casualidad le puso en presencia de doña Luz, por el mismo sentimiento de simpatía instintiva é irresistible que obraba sobre la jóven, su corazon volaba hácia ella.

El cazador, sorprendido por aquel interés súbito que sentía hácia una estraña, á la que, segun toda probabilidad, no habia de volver á ver, casi la culpó por aquel sentimiento que se revelaba en él; y en sus relaciones con la jóven manifestó una aspereza que no era propia de su carácter.

Como todos los caracteres altivos, que de continuo han visto doblegarse todo sin resistencia ante ellos, se sentía humillado, porque la dominaba una jóven, porque sufría una influencia de la que ya no podia sustraerse.

Pero cuando después del incendio de la pradera abandonó el campo de los Mejicanos, no obstante la precipitacion de su partida, llevó consigo el recuerdo de la jóven.

Este recuerdo creía estar oyendo sonar junto á sí las notas suaves y melodiosas de la voz de la jóven, por mas esfuerzos que hiciese para olvidarla: despierto, lo mismo que dormido, la veía siempre junto á sí sonriéndole, fijando en él su encantadora mirada.

(Se continuará).

CURSO FAMILIAR DE LITERATURA

POR LAMARTINE.

TRADUCIDO AL CASTELLANO POR

D. EDUARDO PERIÉ.

(Continuacion.—Véase el núm. 41).

XI.

Dichas razas nos han dejado á su paso, sea en sus libros ó en sus monumentos hoy arruinados, algunos vestigios de su ciencia y de su fuerza, que atestiguan al menos su igualdad con nosotros. —Esto es tan verdad, que cuando queremos ha-

blar de una cosa superior en sabiduria, en virtud, en fuerza y en belleza material ó moral, decimos: *Eso es antiguo*. ¿Qué razon tenemos para conjeturar mejor de nuestro destino, que el de esas grandes existencias eclipsadas antes que nosotros? ¿Dónde están las pruebas? ¿Dónde nuestros indicios? Excepto en algunas industrias puramente mecánicas, que cambian las costumbres de una civilizacion sin cambiar el fondo, ¿dónde están esos síntomas tan evidentes de la perfectibilidad indefinida de la especie humana?

¿Esta en las ideas? No; porque no pensamos con mas solemnidad que Job; no soñamos mas grandiosamente que Platon; no cantamos con mas divinidad que Homero; no hablamos con mas elocuencia que Ciceron; no moralizamos razonablemente que Confucius; ni reasumimos nuestra sabiduria en proverbios mas sustanciales que Salomon.

¿Son tal vez en las pasiones? No; porque tenemos las mismas que nuestros padres; porque poseemos los mismos órganos, y que establecida la misma lucha entre nosotros y la naturaleza por la razon, que es el instinto del alma, y las pasiones que lo son de las materias, rompe tan a menudo entre nosotros como entre ellos; é equilibrio desecho sin cesar por el mal y restablecido por el bien, para desnivelarse de nuevo.

¿Será en los libros, esos monumentos del pensamiento escritos por los pueblos? Si hemos de juzgar por los sublimes fragmentos que la China, la India primitiva, la Grecia y Roma nos permiten escifrar, no vemos ninguna inferioridad entre aquellos monumentos escritos, y las páginas de nuestra edad media oscurecida en las tinieblas y nuestros dos ó tres siglos, que son el crepúsculo de una resurreccion del pensamiento. —Las celizas de la biblioteca de Persepolis ó Alejandria, no nos han dejado mas que algunas pequeñas trazas; pero estas atestiguan un foco tan luminoso como el de nuestra jóven Europa.

¿Es en el arte? El Egipto, la Siria, las Indias, el Parthénon, los Fidios, los bronceos, las estatuas, las medallas y los vasos etruscos, nos contestan negativamente. —El eterno esfuerzo de nuestras artes modernas es el de elevarse á aquellos tipos de lo hermoso en la arquitectura y en la escultura, y como las artes toman ordinariamente su nivel en una misma época, todo nos hace conjeturar que las artes del espíritu igualaban en perfeccion á aquellas cuya materia sólida nos han conservado sus obras maestras.

¿Será en las instituciones? No; porque flotamos todavia como la antigüedad, entre cinco ó seis formas de gobiernos enumerados por Aristóteles; formas que se combaten ó se suceden con igual impotencia de duracion y estabilidad. —El mismo encarnamiento con que los pueblos europeos buscan mejores formas de gobierno ó de sociedad, atestigua el trabajo y la inquietud de espíritu, que se agita en un esfuerzo perpétuo.

¿Será tal vez en el respeto de la vida humana? No; porque nunca la ambicion, la gloria y la conquista, han derramado mas sangre en los campos de batalla que la que se ha derramado desde hace sesenta años. —El nombre de Napoleón, llamado el Grande, ha costado la vida de algunos millones de hombres en menos de veinte años, y tanta sangre vertida no ha cambiado ni un limite, ni una idea en Europa. —Las generaciones han sido segadas en flor, en vez de caer en su madurez. —Hé aqui todo el progreso.

¿Es por último la ventura pública? Preguntad á ese eterno gemido que sale de las masas. —La misma cantidad de dolor y bienestar parece que está compartida entre los pueblos, solo que la cantidad de ventura está repartida menos arbitrariamente desde la abolicion de la esclavitud y del feudalismo. —¿Pero dónde está abolida? En una pequeña parte de la Europa en que el proletario lo reemplaza. —La barbarie, el despotismo y la esclavitud, ocupan todavia la inmensa mayoría de las zonas geográficas del globo.

En la felicidad individual no es tampoco, porque la palabra progreso en la felicidad se desdice con la de la inmutable condicion del hombre en la tierra. —Mientras el hombre no haya

perfeccionado sus órganos, vencido el sufrimiento físico y moral, prolongado su vida una hora, ó la existencia de los que ama; mientras no sea mas que lo que es, será siempre un insecto que se arrastra entre las tumbas hasta encontrar por último la suya y adormirse en las tinieblas. —¿Quién se atreverá á hablarle de los progresos de su felicidad, sin ser un escarnio? Dicha palabra es una ironía del idioma aplicada al hombre. —¿Qué felicidad es la que se cuenta por días y por semanas, y adelantándose por minutos á su catástrofe final que es la muerte? El progreso en la felicidad para un sér semejante, es el progreso cotidiano hácia el sepulcro. —Luego ¿cuál es el progreso de la ventura para una raza de cuyos séres marchan hácia un suplicio tan próximo como inevitable? Trocar en fiesta y alegría esa eterna procesion hácia la muerte; mas que equivocacion es burlarse de la humanidad.

La filosofía de la perfectibilidad continua é indefinida no es la ilusion, es la befa de la especie humana.

XII.

Dicen aun: —«Dios no se equivoca, y ha puesto en el hombre esa levadura, esa invencible aspiracion, esa esperanza sorda y obstinada del perfeccionamiento indefinido de su especie. — Todo instinto es una profecía; luego esta es divina, y puesto que inculca un deber en el hombre, está destinada á realizarse en el mundo.

No negamos, y aun adoramos ese instinto natural ó sobrenatural, que hace que el hombre espere contra toda esperanza una perfectibilidad indefinida. — Creemos que ese instinto le ha sido dado al hombre por su autor con doble fin: primero, como un impulso divino para trabajar mientras vive en su perfeccionamiento individual, cuyo fin lo alcanzará en el otro mundo, pues la tierra es el taller, y el cielo el centro del reposo; aquí abajo debe marcharse, y en la altura es donde se eleva.

En segundo lugar, creemos que Dios ha dado al hombre ese instinto de perfeccionamiento indefinido, como un impulso hácia el sacrificio meritorio que le debemos á nuestra raza, á nuestra familia humana, á nuestros hermanos en bien y en mal, á nuestra patria y á la humanidad, interesándonos en la suerte comun de ella, trabajando con desinterés por el destino futuro de razas que no veremos, que es el desprendimiento, el concurso meritorio, el sacrificio de la parte por el todo, del sér á la especie, del ciudadano á la patria, del hombre al género humano, ó sea el deber, el sacrificio y la belleza moral. — El egoista nace para él solo; el hombre colectivo, para sus semejantes; sacrificarse al perfeccionamiento relativo ó absoluto, limitado ó ilimitado, finido ó indefinido, local ó universal, vitalicio ó eterno de ellas, es el deber y la virtud.

Luego para que el hombre de bien se adhiera á ese deber difícil, era necesario que tuviese en él una conviccion secreta de la utilidad del sacrificio por su familia terrestre; y precisaba que creyese vagamente en la posibilidad de servir, mejorar y perfeccionar la suerte comun. — Esta conviccion íntima, que se troca en ilusion al tratarse de un progreso indefinido y absoluto de la especie, deja de serlo tratándose del progreso relativo, local y temporario, de una parte de la humanidad. — El progreso indefinido y continuo es una quimera desmentida por la historia y la naturaleza bajo todos conceptos; pero el perfeccionamiento relativo, local y temporario está atestiguado como una verdad.

XIII.

Efectivamente, vemos en todo una raza humana sumida en la ignorancia y en la barbarie, y salir de ella para elevarse hasta la luz, la civilizacion, la virtud y el poder. Llegando mas ó menos laboriosamente á la perfeccion relativa de una nacionalidad, una sociedad y una religion superior; quedarse en ese punto culminante, mas ó menos tiempo, antes de descender, y luego der-

rumbarse por la flaqueza irremediable de nuestra naturaleza; deteriorarse, corromperse, decaer, morir y desaparecer por último; dejando como el individuo más perfecto de ella un nombre y un poco de cenizas en el sitio donde existió. La humanidad sube y baja sin cesar por su ruta, pero no indefinidamente: hé aquí el error de los filósofos sobre la perfectibilidad indefinida.

Por lo tanto, no es dudoso que en la obra de ese acrecimiento relativo de una nación ó una sociedad, esta y aquella sean real y santamente servidas, secundadas, asistidas y glorificadas por el sacrificio de hombres superiores ó secundarios que forman parte de ellas.—El pensamiento de uno es la levadura de la multitud; la virtud de otro santifica una infinidad; la sangre de otro rescata una raza, y el más glorioso ó humilde sacrificio salva ó engrandece todo un siglo.—La sociedad humana no vive más que de la abnegación de sus miembros por el bien general.—¿Quién se sacrificaría creyéndolo inútil? Era menester, por consiguiente, que el hombre tuviera ese instinto de la utilidad y la santidad de su sacrificio: solo que algunos creen sacrificarse á un perfeccionamiento y á una felicidad indefinidas sobre la tierra, y otras á un perfeccionamiento relativo, local y temporario en el mundo.—En eso consiste el secreto de ese instinto que nos hace trabajar por el progreso de nuestra especie, ilusorio en unos, real en otros y meritorio en todos.

Pero aquellos que como nosotros no se hacen la ilusión del progreso indefinido en inteligencia y en felicidad sobre la tierra, están convencidos que el trabajo más insignificante, más oscuro, y la abnegación hacia la humanidad, aunque limitados por la naturaleza de las cosas mortales de este mundo, no serán perdidos para el ser humano; y que á pesar de su irrupción en este globo, por la condición perecedera de las cosas humanas y la muerte, ese progreso le será provechoso en las regiones de la eternidad, de lo absoluto y de lo indefinido.

XIV.

Lo mismo es ese instinto del progreso y de la felicidad indefinida, de la humanidad sobre la tierra, como otro que Dios le ha dado al hombre tan invencible como aquel: instinto que el hombre tiene por ilusorio, y que sin embargo lo impulsa invenciblemente, tendiendo siempre á un objeto, al cual no se aproxima nunca.—Hablamos de la aspiración a la completa y permanente felicidad en el mundo.

¿Qué hombre no conoce la mentira de ese instinto, que lo engaña eternamente? Pero era necesario en el plan divino que ese instinto de la felicidad perfecta mintiese al hombre, para hacerle soportar la existencia y seguir paso a paso en esta vida la senda de la eternidad.—Sin él, el hombre se detendría al segundo paso, dejaría caer la frente sobre sus manos en medio del camino esperando la muerte ó le saldría al encuentro por medio del suicidio.—Esa aspiración á una felicidad que no existe en la tierra es el resorte que da impulso a la vida, y movimiento á toda la actividad; y ese instinto es como el del perfeccionamiento de la especie: una mentira en el mundo y una verdad en el cielo.—No es menester, pues, creerlo en lo que toca á este; pero sí, en lo que concierne á aquel.—Es un fatal colocado sobre una playa á que no llegamos, sino de pues del naufragio de la vida.—Creemos verlo a algunas brazas de nosotros, flotando en nuestro globo; pero brilla, en efecto, en otra esfera, y nos conduce, engañándonos, al perfeccionamiento moral y á la felicidad eterna.

XV.

Decíamos no há mucho tiempo: « Esa filosofía reciente de la perfectibilidad indefinida de la humanidad en este globo es una gorgorita de aire colorada á las miradas del niño que la infla con su aliento.—Que no resiste ni al razonamiento, ni á la experiencia, ni á la historia, ni á la naturaleza.—Es la paradoja del dolor, de la miseria y de la muerte; es un desafío á la realidad.—Es

necesario no haber leído seriamente ni una página de los anales de los siglos, ni un doblez de su propio corazón, para entretenerse con ese sueño dorado de niños viejos.—La primera ruina de uno de los imperios que siembran la tierra, lo confunde; la primera tumba encontrada bajo sus pies, lo disipa, y la primera decepción del corazón ó del espíritu, le hace derramar lágrimas.

« El dolor es la sola verdad irrefutable de la tierra; y no es una metamorfosis el decir lo que dijeron nuestros padres y lo que dirán nuestros hijos:—Globo amasado con lágrimas y cenizas.—¿Qué capa es esta para soñar el perfeccionamiento y el bienestar indefinido, cuando nos revoltemos en el dolor esperando la muerte?.... No he comprendido nunca que hubiese hombres bastante dotados con la obstinación de las quimeras, para creer en el progreso indefinido y en la felicidad absoluta, en ese suplicio que los arrastra hacia el círculo del no sér.—¡Hombres felices, habrán vivido y habrán muerto durmiendo!»

XVI.

« La verdadera filosofía, la filosofía viril, la filosofía experimental, es la que en vez de responder á esos sueños, corresponde á la realidad de nuestra triste condición humana y mortal en el mundo; es decir, la filosofía del dolor! Que, santificada por la acción y consolada por la esperanza, es la filosofía de las Indias de Brahma, de Bouddha, de Confucius, de Platon y del cristianismo, que es la que nos ha parecido desde nuestro primer hastío de la vida, que contenía más verdad, realidad, belleza, revelación, fuerza, grandeza, virtud, esperanza y animación, para amar, esperar, obrar y vivir.

¿Qué nos dice esa filosofía del dolor en todos los países, en todas las épocas, en todas las teologías y en todos los idiomas? Veamos primero lo que ha dicho en las Indias.

Dice así: « Hay un Dios.—Su obra lo prueba.—Y la vida es el testimonio de la vida.

« Ese Dios, sér de los séres, es infinito, perfecto y eterno.—Su naturaleza lo prueba; el infinito, la eternidad y la perfección, son los atributos del sér de los séres.

« Ha creado y crea sin límites de tiempo, de espacio, ni de poder, tantas criaturas como sabiduría, poder y fecundidad creatrices contiene en lo infinito de su pensamiento.—¡Sér, para el sér de los séres, es crear!

Luego se remonta por medio del pensamiento al fondo de los firmamentos que no tienen fondo, y dice: « Está allí. » Desciende á los límites del éter inferior que no tiene límites, y dice: « Está allí. » Se estienda después á las estremidades del espacio sin estremidad, y dice: « También está allí; nunca concluye, siempre principia, y esta entero en todas partes donde se encuentra.

« No hay ni grandeza ni pequeñez ante él; las cosas no se merecen más que por la gloria que tienen de ser emanación suya; y cada uno de sus pensamientos realizados es tan grande como los demás, porque son igualmente de él y están en él.

« Somos una de sus criaturas, uno de sus pensamientos realizados, y ni más grandes, ni más pequeños que cualquiera otra de ellas.—No sabemos como nos nombra en su vocabulario de amor creador; pero en el mundo nos llamamos hombres. »

XVII.

« ¿Qué es el hombre? » dice aun esa filosofía primitiva de la India.

« El hombre es un insecto efímero, nacido en la noche, en las tinieblas y en el dolor.—Roe durante algunas evoluciones del sol la epidermis del pequeño globo á que está ligado, y luego se sumerge en él para fecundar dicha epidermis con sus despojos.—Si se le compara con la infinidad del espacio que le rodea, no vale la pena de calcularlo; si se le mide con lo infinito de los tiempos que le preceden y los que le siguen, no merece ser computado, y si se calcula su brevedad, su insignificancia y su nulidad en medio de los

séres, es casi inútil el nombrarlo.—No conoce la eternidad, el espacio, el tiempo, la ciencia y la ventura más que de nombre.—No tiene el sentimiento de su sér más que por algunos estremecimientos de placer, y por convulsiones de dolor.—No es más que un punto sensitivo y doloroso en la creación.—Su dolor más grande es el de ignorarse á sí mismo.—Toda su naturaleza parece que está en contradicción con la bondad del Creador, obligándole su razón á creerlo infinitamente bueno.—Trata de explicarse á sí mismo esa contradicción, que debe ser aparente.—Piensa, conjetura, imagina y concluye.—¿Pero qué es lo que saca en conclusión? Una palabra que los aniquila. ¡Misterio! ¿Y cómo trata de levantar el peso de ese misterio que lo pulveriza?

« Al principio (se dijo á sí mismo) no debió ser así, luego al fin tampoco será.—Conjeturemos.

« ¿Es tal vez que la brevedad, la imperfección, el dolor y la muerte son las condiciones fatales de todo sér creado; es decir, limitado? No; porque siendo Dios infinito, no hay límites en la expansión de la vida, en la grandeza y la felicidad, que puede surgir eternamente de él sin agotarse nunca: sus dones no tienen medida; puede dar sin empobrecerse, y no tiene necesidad de economizar ni el sér, ni la bondad, ni el poder.—No; no es eso.

(Se continuará.)

ARTE DE DOMAR LOS CABALLOS

POR J. S. RAREY,

EL DOMADOR

PRECEDIDO DE UNA INTRODUCCION

Por F. de Guaita.

TRADUCIDO AL CASTELLANO POR F. P.

(Continuacion.—Véase el n.º 12.)

Además, no es menester acostumbrarlos á tirar de la cuerda, porque reculan, se levantan de manos, tratan de huir si se les quiere hacer entrar por la fuerza; y los que se obstinan en ello, escogen el medio más difícil y peligroso.

Si quereis amarrar á vuestro caballo, ponedle en una cuadra bastante ancha y poco larga, cerrada con una barra ó un gran madero por detrás; de manera que una vez que esté dentro, no pueda recular lo bastante para tirar directamente de la cuerda. Entonces amarradlo en medio del pesbre, y no tan solo no podrá recular, sino que la cuerda le sujetará si quiere echarse á un lado ó á otro.

En una cuadra de esta especie, puede habituarse á un caballo á estar amarrado, con una cuerda muy ligera, sin que nunca se figure que puede recular.

Pero si lo habeis enseñado á seguirus y acostumbrádole al freno, podréis meterlo en cualquier paraje sin peligro alguno, dándole de comer para que ocupe el puesto que se desea. No hay uno sobre cincuenta que recule en semejantes circunstancias.

DEL BOCADO Y DE LA MANERA DE ACOSTUMBRAR AL CABALLO.

Emplead un bocado de bridon con gruesos cañones lisos, á fin de no hacerle daño en la boca, siendo necesario de que tenga una varita transversal en cada estremidad, para evitar el que se vaya de un lado ó de otro. Fijad este bocado en el cabezon de un caballo sin riendas, y dejadlo en un cercado espacioso durante algun tiempo, hasta que se acostumbra á llevarle sin impaciencia y que cese de buscar medios para quitárselo; siendo mejor, si es posible, el seguir este método algunos dias seguidos antes de hacerle aprender otra cosa.

Quando el caballo esté acostumbrado al bocado, ponéle una sola correa al bridon sin serreta, siendo necesario dejarle además el freno, ó bien una cabezada que le sirva de brida y de serreta, provista de una cuerda, á fin de poderle conducir y pararle sin fatigarle la boca, á fuerza de

tirarle del bocado; y sin mas, ya puede ponerse la silla.

MANERA DE ENSILLAR Á UN CABALLO.

Un hombre que tenga paciencia y serenidad, lo puede ensillar sin asustarlo por primera vez. Empezad por anudar las estribas sin apretarlas, para evitar que los estribos balanceen y le toquen al vientre; recoged los costados de la silla á fin de no asustarlo; aproximaos á él, acariciadle con la mano y levantad la silla para que la examine y la huela.

Luego pasádsela ligeramente por el pescuezo, siempre á favor del pelo y retrocediendo poco á poco, concluíreis por ponerla sobre el lomo, sin miedo de hacer ruido con ella. Sacudidla entonces un poco con la mano, y en menos de cinco minutos, podréis ponerla y quitársela á vuestro antojo; y removerla por cualquier lado, sin que el animal haga el menor movimiento ni oponga la mas mínima resistencia.

Tan pronto como esté acostumbrado á tenerla en el lomo, ponéle la cincha; pero tened mucha atención en cómo se la poneis.

Los caballos se asustan á menudo, cuando sienten que la cincha les oprime ó que la silla se les pega á las costillas. Obrad con mucho tiento y suavidad, y no apreteis la cincha mas que lo necesario para que la silla se sujete. Cuando le hayais paseado un poco, podeis apretarle la cincha todo lo que querais; con el pleno conocimiento de que no opondrá el menor obstáculo.

Antes de ponerle la silla, debeis asegurarnos de que todos los utensilios estan en regla, y que nada puede hacerle daño ni incomodarle, no debiendo tener correa alguna que cuelgue por detrás, pues esto podría asustarlo.

Después de estar ensillado, tomad en la mano derecha un pequeño látigo; agarrad una correa de la brida en cada mano, pasando el brazo derecho por encima de la silla y hacédele marchar en todas direcciones; enseñadle á volverse en todas direcciones y á pararse al sentir las riendas, acariciándole siempre, y presentándole la mano cada vez que lo hagais parar.

La primera vez que monteis un caballo, procurad estar solo, y que sea en un lugar que al levantarse este de manos ó al dar un bote, no os deis con la cabeza en el techo. En un cercado le enseñaréis en una hora mas que en quince días fuera de él; y si seguís todos mis consejos, podréis montar al caballo mas difícil sin trabajo y sin peligro. Es necesario naturalmente enseñarlo por grados, hasta que se establezca entre el hombre y el animal una confianza mútua. Enseñadle á seguirlos y á dejarse atar; acostumbrale en seguida á llevar el bocado y la silla, que luego no os faltará mas que montar sobre él sin asustarle, y podréis dirigirlo como á un caballo cualquiera.

MODO DE MONTAR Á CABALLO.

Empezad por acariciarle por todos lados y tocarle alrededor de la silla hasta que se quede completamente tranquilo, sin estar sujeto, y que no se inquiete al veros pasar en torno suyo.

Cuando esté en dicho estado, tomad un pequeño banco de madera de un pié ó diez y ocho pulgadas de alto; colocadlo al lado suyo en el sitio que os parezca conveniente; subid sobre este banco haciéndolo lentamente, porque el caballo conoce bien pronto el cambio de posición, y si subís bruscamente, le asustaréis sobremanera: elevandoos poco á poco, al contrario, llegaréis sin asustarle á la misma altura que si estuvierais montado sobre él.

Cuando esté enteramente tranquilo, deshaced el nudo de la estribera que esté á vuestro lado, meted el pié izquierdo en el estribo apoyando la rodilla contra el caballo y tocándole con la punta del pié en la barriga. Poned la mano derecha en el arzon de la silla, cargándoos al lado opuesto al que os encontréis, tomad con la mano izquierda las riendas y un puñado de crin, y en seguida os iréis apoyando poco á poco sobre el estribo y vuestra mano derecha hasta que todo vuestro peso gravite sobre el animal. Repetid esta operacion varias veces, subiéndoo siempre sobre el

banco, hasta que podais pasar la pierna sobre la grupa y aseguraros en la silla.

El uso del banco ofrece tres ventajas importantes, porque un cambio de posición es muy propenso á asustar un caballo que no ha estado sujeto; porque os permite aproximaros y estar cerca de él sin alterarse, y porque os ha visto y se acuerda que le habeis acariciado; pero si os echais á gatas y andais hácia él, se asustará, y por la misma razon tendrá miedo si os montais sobre él sin tocarlo. La primera ventaja del banco es el de habituarlo poco á poco á veros tomar la posición que debeis tomar para montarlo.

En segundo lugar, le haceis sentir vuestro pié sobre el estribo y sobre la barriga, y de este modo le habituais á una cosa que le amedrentaría mucho si la sintiese de pronto; y por último, el banco os coloca de tal manera, que no necesitais mucho para subir sobre él, pudiendo acomodaros en la silla á vuestro gusto. Con estas precauciones, no hay caballo, por furioso que sea, que no podais montarlo cómodamente y sin riesgo. Yo lo he ensayado con los caballos mas difíciles que he encontrado y siempre con un éxito completo.

Mientras montais á caballo, este debe tener la cabeza libre, pues no se puede enseñar bien á un caballo que es necesario sujetarlo para montar; y un caballo sin domar no tiene bastante tranquilidad para dejar montar al jinete sin estar sujeto.

MODO DE CONDUCIR AL CABALLO.

Para hacerle andar no le deis al principio con el talon, y no le haréis nada que pueda infundirle miedo, y por lo tanto dar botes, etc., etc.

Habladle con cariñosa voz, y si continúa inmóvil, tirad un poco de la rienda izquierda, y al tiempo de andar, dejadle las riendas flojas: padele en el picadero hasta que obedezca bien al freno y que podais volverle á derecha ó izquierda á vuestra voluntad, deteniéndolo cuando gustéis: teniendo presente, que antes de salir del cercado es muy conveniente subir y bajarse sobre él con ligereza, para acostumbrarle á este manejo; y al cabo de una hora ó dos estará bastante aleccionado para que podais sacarlo fuera y conducirlo á donde os agrade, sin que dé saltos, ni se encabrite, ni trate de deshacerse del jinete.

La primera vez que le hagais salir, sed prudente y dulce para con él, porque se creará mas libre de saltar y correr que en el cercado, y estará mas propenso á desbocarse. Sin embargo, vuestras caricias y vuestras lecciones le habrán amansado lo bastante, para que podais conducirlo sin trabajo y sin peligro.

Al principio tendréis la rienda izquierda un poco mas corta que la derecha, á fin de poder, si vuestro caballo se asusta, impedirle que salte, volviéndole la cabeza á la izquierda, pues por este medio se impedirá á cualquier caballo el que se desboque ó se encabrite.

Si es vicioso y no quiere avanzar, le obligaréis á andar con mucha mas facilidad haciéndole volver la cabeza que pegándole; pues este segundo medio no da nunca un resultado satisfactorio. Si es menester, hacédele volver sobre el mismo lado dos ó tres veces seguidas, y luego con un pequeño latigazo le haréis avanzar sin dificultad.

No empleeis nunca la serreta para domar un caballo, pues todos los movimientos de la mano deben transmitirse al bocado sin que la serreta venga á cambiar la dirección deseada; pues no llevándola conduciréis á un caballo mas fácilmente, y necesitaréis mucho menos tiempo para acostumbrarle al bocado. La serreta, en fin, os impedirá el hacerle volver la cabeza, si trata de rebelarse.

Cuando hayais montado vuestro caballo, hasta que esté perfectamente acostumbrado al bocado, tendréis entonces tiempo de emplear la serreta por si lleva la cabeza muy alta ó muy baja.

Tened cuidado de no montarlo al principio por mucho tiempo hasta el extremo de acalararlo, fatigarlo y disgustarlo. Apeaos si conoceis que está cansado; acariciadle mucho y dejadle reposar, y de este modo os haréis amar de él con mucho menos trabajo, pues no se mostrará ni reaccion ni rabioso.

MODO DE ENSEÑAR Á UN CABALLO Á LLEVAR LA CABEZA COMO DEBE (1).

La primera cosa que hacen los cultivadores, que quieren domar un potro, es el ponerle el *bitting harness* (harnés de freno), sujetando las riendas todo lo que le es posible y luego le dejan un medio día en el campo. Esto es una crueldad para el potro que ha estado acostumbrado á correr y á saltar con la cabeza baja; y he visto á potros adquirir enfermedades, hasta el punto de no volver á gozar de entera salud.

Antes de ponerle al caballo el *bitting harness* es necesario habituarlo al bocado, y ni aun entonces es necesario sujetarle las riendas mas que lo necesario, á fin de que lleve la cabeza á una altura arreglada.

No tardará en comprender que no puede llevar la cabeza á su eleccion, y que elevándola un poco se hará daño con el bocado. Esto le dará una idea de cómo ha de levantarla, de modo que podréis acortar un punto cada vez que le pongais el *bitting harness*, y cuando levante mucho la cabeza para consolarle de aquella incomodidad, entonces se la colocaréis lo mismo que el cuello á vuestro gusto, y le daréis un porte gracioso y elegante, sin pegarle, sin ponerlo furioso y sin hacerle daño en la boca.

Si oprimis mucho las riendas la primera vez, el caballo no tendrá libertad para levantar la cabeza, estará siempre inquieto, piará, se atormentará y concluirá por sudar á mares y desbocarse. Advirtiéndole que muchos caballos se han matado tirándose de espaldas, á causa del *bitting harness*, porque siendo la cabeza la primera que se presenta, recibe el choque de todo el peso del cuerpo.

Cuando se quiere que tenga las riendas muy tirantes, no se le debe dejar el harnés mas que un cuarto de hora ó veinte minutos á lo mas cada vez.

MODO DE PONER EN EL TIRO Á UN CABALLO QUE SEA VICIOSO Ó DIFÍCIL.

Agarradle una mano y dobladle la rodilla de manera que toque al cuerpo; pasad un nudo corredizo por encima de la rodilla, subidle hasta la ranilla á fin de mantenerle la mano en esta posición, y enganchadla en una segunda correa que venga á cerrarse entre la ranilla y el casco, para impedir que se deshaga el nudo corredizo.

El caballo se encontrará entonces sobre tres piernas y podréis manejarlo como querais; porque en la situación en que se encuentra, le será imposible escapar. Hay en esta operacion una cosa incomprensible, que doma mejor y mas pronto á cualquier caballo, que ninguna de las que hasta el día se conocen.

Ningun método puede igualarse á este por dos razones:

La primera es que hay un principio que rige la naturaleza del caballo, y que en asegurándoos de uno de sus miembros, os haceis dueño en gran parte de todo él.

Puede ser que hayais visto poner en práctica la teoría, segun la cual algunos individuos atan las orejas del caballo para impedirles el que muevan la cabeza y el pescuezo. Además he leído en un periódico, que para hacer á un caballo que se esté quieto mientras lo hierran, no hay mas que atarle una oreja con la punta hácia abajo. Dicho artículo no da razon alguna para apoyar el medio que propone; pero yo lo he ensayado varias veces y no he obtenido resultado alguno; por lo tanto no os aconsejo el que lo empleeis, y mucho menos el de amarrarle las dos orejas juntas.

La única ventaja que lograréis con esto, es de atraer la atención del caballo hácia la incomodidad de sus orejas, y que oponga menos resistencia en el momento en que lo hierran. Levantán-

(1) Los colonos americanos tienen la costumbre para enseñar á sus potros á que tengan bien plantada la cabeza, el dejarles en el campo después de ponerles un bocado cuyas riendas vienen á sostenerse por medio de una sobre-cincha lo que equivale nuestro caballero de madera.

dole una mano, según el mismo principio, se hará la operación con mejor resultado. La primera vez que pongáis por obra este medio, se pondrá furioso; tratará de evadirse de la sujeción, y se esforzará en lograrlo por todos los medios posibles. Pero viendo que no puede evadirse, se tranquilizará prontamente y no se moverá apenas.

Por este medio lo domaréis mejor que por ningún otro y está con poco peligro para vosotros y para él; pues cuando le hayáis levantado la mano, podéis sentaros si queréis para mirarle, hasta que haya cesado de luchar. Cuando le veáis calmado, id á él, desatadle la mano, frotadle la pierna, acariciadle y dejadlo reposar un poco, y después colocadle el aparejo. Empezad este manejo varias veces seguidas, amarrándole siempre la misma mano, y bien pronto aprenderá á sostenerse en tres patas, lo suficiente para que pueda andar algún tiempo de dicha manera.

Quando hayáis visto que se ha acostumbrado á marchar en esta posición, ponadle el harnés y enganchadlo en el tilburí (1); y aunque sea el caballo macho de la creación, no hay que temer nada, porque mientras tenga la mano en el aire, no podrá tirar coce y le será imposible el ir tan de prisa, que acontezca la menor desgracia, por malo que sea, y aun cuando tenga la costumbre de rebelarse cuando se vaya á engancharlo.

Si trata de correr, aflojadle la rienda, y aunque le pegueis un latigazo, no hay peligro ninguno; pues no podrá correr mucho sobre tres piernas; porque al momento se cansará. Contentaos, pues, con dirigirlo, y bien pronto se alegrará de que lo mandéis parar, lo que hará á una sola palabra vuestra.

Este medio le corregirá perfectamente, y en seguida perderá la costumbre de tirar coce. Los caballos que tienen esta costumbre en el tiro, son el terror de la mayor parte de los conductores, á los cuales se les oye decir, hablando de un caballo malo: «Que haga lo que quiera, no me da cuidado, con tal que no tire coce.» Este método es el infalible para hacerles perder esta peligrosa costumbre. Hay una multitud de medios de engancharlo á un caballo que cocea y de hacerlo andar; pero no por eso deja de cocear sin descanso, y por último no se los corrige. Los caballos cocean, porque tienen miedo de lo que se encuentra detrás de ellos, y cuando tocan alguna cosa que les hace daño, es peor, pues cocean cada vez más y concluyen por herirse; fijándose esta circunstancia en su memoria y terminando por ser imposible el tranquilizarlos contra el espanto que les causa un objeto cualquiera al que están enganchados.

Peró por este nuevo método podéis engancharlo en un tilluri, en una carretela, en un cabriolé, ó á todo lo que sea necesario, y nunca opondrá el menor obstáculo, por mucho ruido que haga el vehículo, y por muy espantoso que este les parezca.

Tendrá miedo al principio, pero no podrá ni cocear, ni lastimarse, por cuyo medio se tranquilizará bien pronto, reconociendo que vuestra intención no es el hacerle mal alguno. Podréis entonces dejarle su mano libre y conducirlo sin peligro. No siendo necesario más que algunas horas para someter á un caballo á que tire de un carruaje con una tranquilidad inmensa.

MEDIO DE HACER TIRAR Á LOS CABALLOS QUE SE NIEGAN Á HACERLO.

Los caballos no saben lo que es negarse á tirar. Somos nosotros los que les enseñamos, maltratándolos y conduciéndolos mal.

Quando un caballo no quiere tirar de un cabriolé, una carretela, etc., es casi siempre por haber sido mal conducido ó muy aguijoneado, ó porque no sabe cómo se tira; siendo muy raro que sea por mala voluntad. Los que tal hacen, son los más ardientes y los más fogosos, los cuales están más espuestos á contraer este defecto, y es casi siempre por falta de los conductores. Sucede muy á menudo que cuando un caballo de genio está enganchado y oye la señal de salir,

arranca sin esperar á su compañero, y como no puede tirar él solo, recibe un dolor inmenso que le obliga á hacerse hácia atrás, y sujeta entonces al otro que se pone en movimiento. Si el cochero continúa dejándolos á su albedrío, hé aquí lo que pasa: el que es menos vivo de genio empieza á tirar; pero en este tiempo el fogoso da un segundo salto hácia adelante y otro hácia atrás; entonces los dos temen el arrancar de nuevo, pierden la cabeza y no saben ni lo que les sujeta, ni cómo han de hacer rodar el coche.

Entonces vienen los latigazos y los gritos del cochero, hasta que rompen algo, ó que por desgracia vuelcan el carruaje.

El cochero que pega á los caballos en este caso, comete una falta enorme. La razón y el sentido comun deben hacerle ver que los animales de ean arrancar, y que la culpa está en el que no ha sabido manejarlos.

¿Es necesario pegarles porque no sabentir? ¿Por qué no les pegan entonces, porque no saben hablar? El hombre que es razonable, en vez de encolerizarse, reflexiona. Para sobrellevar la carga, es necesario que los caballos tiren tranquila y uniformemente. No acontecerá de ciento una vez que maltratando á un caballo se consiga algo de él: solo si, lo que haréis, será echar aceite en el fuego y viciarlos tal vez para siempre.

Hé aquí lo que hacen los caballos que han sido maltratados en semejantes casos: cuando ven que algo va mal, vuelven la cabeza y miran hácia atrás; y es simplemente porque han sido apaleados anteriormente, y están inquietos por lo que va á pasar tras de ellos.

Es una costumbre tan invariable en el caballo, como mirarse los ijares cuando tienen náuseas; y tanto los unos como los otros necesitan mucha dulzura y un tratamiento razonable.

Quando vuestro caballo se detenga ó se anime demasiado, si le veis lanzarse hácia adelante y mirar á su alrededor, ofuscado y sin saber lo que se hace; creed que algo va mal, y que solo con buenos tratamientos conseguiréis hacerle entrar en razón. Empezad por acariciarle, y si no comprende en seguida lo que queréis que haga, no se calentará hasta el punto de saltar, de romper algo del carruaje ó causar algún trastorno, porque tiene miedo. No perdiendo la paciencia, evitaréis que vuestro caballo se anime demasiado, y con las caricias le haréis comprender lo que deseáis; siendo al contrario, si empleais la fuerza.

Quando hayáis obtenido de él, por buenos tratamientos, lo que le mandais; este pequeño accidente lo olvidará muy pronto y aprenderá á tirar voluntariamente. No lo perdáis nunca de vista, é impedidle que haga resaca; bien porque tenga miedo, ó por ir demasiado animado, ó porque no sabeis hacerlos comprender: una palabra pronunciada con voz amenazadora, escita de tal modo á un caballo nervioso, que algunas veces es lo suficiente para aumentar la rapidez de su pulso en diez pulsaciones por minuto.

No se debe olvidar tampoco que tenemos que enseñar á animales, á los cuales les es muy difícil el comprender nuestras señales, nuestras palabras y nuestros movimientos; y no deberíamos impacientarnos, cuando no hacen lo que deseamos, sin vacilar; ni sorprendernos cuando una cosa no sale á nuestro gusto. Con toda nuestra inteligencia, si nos encontráramos en lugar del caballo, no nos sería fácil el comprender las órdenes de un extranjero que se espesará en un idioma desconocido para nosotros. Nuestras palabras y nuestras maneras son tan extrañas para el caballo, como un idioma de otra nación lo es para nosotros; y haríamos bien de hacer con él lo que el extranjero haría con nosotros, y tratar de hacerle comprender lo que deseamos, en vez de pegarle.

No se necesita más que algunos minutos para hacer andar á un caballo resabiado, y en este caso ninguno ha rehusado el hacerlo conmigo más de tres minutos.

No hay tiro, que después de haberse opuesto á arrancar, no salga voluntariamente, si lo dejáis quieto durante cinco ó diez minutos como si ya estuviese enseñado; volviéndole la cabeza bien á

la izquierda ó á la derecha, y al mismo tiempo hablándole dulcemente; de modo que le pongais en movimiento antes de sentir el peso del carruaje. Pero si tenéis que habéroslos con caballos que no os son conocidos, y que los hayan maltratado por la misma causa anteriormente, acercaos á ellos, amarradles las riendas á la collera ó al carruaje, de manera que no sientan ninguna sujeción; haced que se retiren los espectadores, si los hay, á fin de que no llamen la atención del tiro; deshaced los *panurges* para que los caballos puedan levantar la cabeza si quieren, y dejadlos que se tranquilicen por algunos minutos. En este tiempo, acercaos y acariciadlos, y no solamente se calmarán, sino que los espectadores creerán que haceis alguna cosa que no comprenden, y no descubrirán vuestro secreto.

Quando queráis hacerlos emprender la marcha de nuevo, poneos delante de ellos: como rara vez hay más de un caballo que se niegue á arrancar, una vez colocado ante él, si es más fogoso que los demás, dejadle apoyar la nariz en vuestro pecho y andará lentamente hácia adelante más bien que regular. Volved entonces los caballos á la derecha cuidando de que no sientan la collera antes de que oigan vuestra voz; parados entonces con dulzura, acariciadlos un poco, volved á la izquierda del mismo modo, y entonces los gobernareis á vuestro gusto: después volvedlos de nuevo á la derecha, afirmadle las riendas un poco, y podréis conducirlos perfectamente.

Hay un medio más rápido para hacer andar á un caballo resabiado, pero es menos seguro. Hacedle avanzar hasta que sientan la collera en el lomo y que sus miembros tengan una tensión regular; alzadle entonces una mano, decidle al conductor que haga salir el tiro, y entonces querrá andar; soltadle, pues, la mano y saldrá perfectamente.

Si queréis corregir un caballo que se rehuse á tirar desde mucho tiempo atrás, os aconsejo que le dediqueis medio día. Enganchadlo al lado de un caballo tranquilo; ponedle las riendas como de ordinario, amarrad las correas de los harnesses de manera que nada le inquiete, soltadle las *panurges* á fin de que lleven la cabeza libre; paseadlos juntos durante algún tiempo, tan lentamente y con toda la tranquilidad que os sea posible; deteneos muy á menudo, aproximándoos al que queréis corregir y acariciadle; no llevando látigo y haciendo todo lo posible porque no se altere, que muy en breve avanzará cuando se lo mandéis.

Quando veais que obedece bien, enganchadlo en un pequeño cabriolé ligero, colocándolo de manera que parta fácilmente. Será conveniente que acaricieis al caballo que llevais como *maestro*, á fin de que si es necesario pueda llevar el peso del cabriolé él solo la primera vez.

No le hagais andar mucho: una docena de metros es bastante; observad bien á vuestro caballo, y si advertís en él señales de inquietud ó de animación, paradle antes que él lo haga; acariciadle y después andad de nuevo. Quando veais que todo va bien, id cargando poco á poco el cabriolé sobre él; que con este método no hay caballo que no aprenda á tirar voluntariamente.

MODO DE DOMAR Á UN CABALLO PARA QUE LLEVE EL HARNÉS.

Metedle en una cuadra como si fuerais á enseñarle para montar, tomad el harnés, y pasádselo por encima del cuerpo como si fuera una silla, hasta que esté bastante habituado, para que podáis ponérselo y quitárselo según os plazca; ponedle la hebilla al freno, acariciadle durante el tiempo que empleeis, y luego sacadle en medio del picadero hasta que sobrelleve el harnés sin resistencia; pues hay potros, á los que les es difícil ponerles el harnés, por tenerle más miedo aun que al látigo.

Quando vuestro discípulo esté familiarizado y acostumbrado al harnés y al freno, sacadlo fuera; ponedle al lado de un caballo domado, y hacedle hacer lo mismo que á los que rehusaban tirar del carruaje; cuidando siempre, que para acostumbrar un caballo al harnés ó al carruaje, es necesario emplear unas bridas sin anteojeras.

(1) Sulky, tilburí de un asiento. (Nota del traductor).

MODO DE ENGANCHAR UN CABALLO AL TILBURI (SULKY).

Paseadle alrededor del tilburi haciéndole dar una vuelta, y dejadle que lo observe, lo olfatee y lo toque con la nariz, hasta que no haga caso de él; entonces volved las varas del tilburi un poco á la izquierda, y ponedle delante de las ruedas derechas.—Haced que alguno esté á su derecha, para sujetarlo por la brida, mientras que os poneis á la izquierda vuelto hacia el tilburi; y entonces el caballo se verá obligado á estar tranquilo en esta posición.

Llevad la mano izquierda hacia atrás y apoyadla sobre el anca del caballo; tomad las varas con la mano derecha y aproxímadla con mucho tiento hasta el alcance de la mano izquierda, que debe quedar estacionada. Cuidad que no toque al caballo vuestro brazo, y así que las varas estén bien acondicionadas sobre él, la persona que lo esté sujetando por las riendas, las tomará y las sujetará sobre el correon de la silla. Una vez las varas puestas, sacudidlas ligeramente, á fin que el potro las sienta por ambos lados: enganchad las correas de tiro, ponedle la harriguera y hacedle avanzar lentamente; y mientras uno tiene el caballo por la brida para sujetarle, el otro le hará sentir las riendas por detrás hasta que pueda conducirle solo.

Después de haberle conducido durante algun tiempo á pié, podeis montar en el carruaje y todo irá bien. Es muy importante el ir muy despacio al principio; pero cuando el caballo haya andado un poco al paso, no hay peligro en hacerle trotar queno se desbocará. Tienen algunos la torpeza de montar en el carruaje en seguida, y quererlo conducir en el acto de engancharle; pero se debe tener en cuenta que entonces hay muchas cosas que hacerle comprender á la vez, como son: las varas, las riendas, el harnés y el ruido del carruaje, á lo que es necesario habituarlo por grados. Si es muy vigoroso y no podeis hacer carrera de él, os aconsejo de que le levanteis una mano como ya os llevo dicho.

(Se continuará).

CRÓNICA ESTRANJERA.

Con tal rapidez se suceden unos á otros los sucesos políticos, se multiplican las notas diplomáticas, se aumentan los recelos de las naciones europeas mas complicadas en los asuntos de estos días, que casi se nos hace imposible seguirlos en sus varias formas y continuas innovaciones. Ya no son solo los artículos de la prensa europea, ni los folletos políticos publicados en Viena, en Londres y en Paris, los que infunden nuevos recelos al público alarmado del continente, sino que hasta los periódicos oficiales toman parte en las declaraciones mas ó menos ambiguas acerca de las posibilidades de la paz ó de la guerra.

Hé aqui por qué hoy nuestra *Crónica estranjera* será un poco mas estensa que lo de costumbre. Tan importantes son los documentos que debemos dar á conocer á nuestros numerosos suscritores.

No há muchos dias nos comunicaba el telégrafo que el periódico oficial del vecino imperio, publicaba un interesante artículo en que se ocupaba de los asuntos italianos. Apenas trascurrieron dos dias, cuando ya el artículo del *Moniteur* se hallaba en nuestras manos, y podíamos darlo á conocer á nuestros lectores. Hélo aqui íntegro:

«El estado de los negocios en Italia, aunque ya antiguo, ha tomado en estos últimos tiempos, á la vista de todos, un carácter de gravedad que debia naturalmente llamar la atencion del emperador, porque no es permitido al jefe de una grande potencia como la Francia, aislarse en las cuestiones que interesan al orden europeo. Animado de un espíritu de prudencia, que seria culpable no haber tenido, trata con lealtad de la solucion razonable y equitativa que pudiesen recibir estos delicados y dificiles problemas.

«El emperador nada tiene que ocultar, nada que desconocer, ni en sus preocupaciones ni en

sus alianzas. El interés francés domina su política, y él justifica su vigilancia.

«En vista de las mal fundadas inquietudes que, segun parece, han conmovido los ánimos en el Piemonte, el emperador ha prometido al rey de Cerdeña defenderle contra cualquier ataque agresivo del Austria: nada de mas ha prometido, y sabe que cumplirá su palabra.

«¿Son acaso reveses de guerra semejantes cosas? ¿Desde cuando no es conforme con las reglas de prudencia prever las dificultades mas ó menos próximas, y pesar las consecuencias?

«Acabamos de indicar lo que hay de real en los pensamientos, en los deberes y en las disposiciones del emperador; lo demás que hayan añadido las exajeraciones de la prensa y la imaginacion, es falsedad y delirio.

«La Francia, se ha dicho, hace armamentos considerables. Se olvida que tenemos todo el material de nuestra artilleria en estado de ser cambiado, y que toda nuestra flota debe ser trasformada. Esta última empresa, decidida hace tienpo, se halla sancionada por los votos anuales del cuerpo legislativo, y á pesar de la mayor actividad, se trascurrirán muchos años antes que estos trabajos se vean terminados.

«En fin, se inquietan tambien por los preparativos de nuestra marina. Estos preparativos se reducen al armamento de cuatro fragatas para el transporte de tropas francesas á la Argelia y de la Argelia á Francia; y de cuatro trasportes mistos destinados á las diferentes eventualidades, sobre todo al servicio de Civita-Vecchia, y á lo que se refiera á nuestra expedicion de Cochinchina, por Alejandria.

«Tales son los hechos, los cuales deben tranquilizar á los espíritus sinceros sobre los proyectos atribuidos al emperador, y hacer justicia á las alegaciones de los hombres interesados en dudar de los mas leales pensamientos.

«¿No es tiempo aun de preguntar cuándo terminarán estos absurdos rumores, esparcidos por la prensa de uno á otro lado de Europa, señalando en todas partes como interesado al emperador en la guerra, haciendo pesar sobre él la responsabilidad de las inquietudes y de los armamentos de Europa? ¿Quién puede tener el derecho de estaviar de tal manera los espíritus, y alarmar tan infundadamente los intereses?»

«¿Dónde estan las palabras, dónde están las notas diplomáticas y los actos que demuestran la voluntad de provocar la guerra por las pasiones que satisface, ó por la gloria que produzca? ¿Quién ha visto los soldados, quién ha contado los cañones, quién conoce las provisiones reunidas con tantos gastos, y que sobrepujan al estado normal y reglamentario en pié de paz de la Francia? ¿Dónde están las levás extraordinarias, los llamamientos anticipados de las clases? ¿Qué dia se ha llamado para renovar los alistamientos? ¿Quién podrá, en fin, demostrar los elementos, por insignificantes que sean, de estas acusaciones generales que inventa la malevolencia, que la credulidad aguanta y que la mala fé acepta?

«Sin duda alguna, el emperador vela sobre las diversas causas de complicacion que pueden mostrarse en el horizonte. Lo que debe hacer todo buen político, es conjurar los sucesos y las cuestiones que puedan turbar el orden, sin el que no hay paz ni transacciones posibles. Los verdaderos asuntos no requieren plazo alguno, sino contar únicamente con seguridad del porvenir.

«Tal prevencion no viene tampoco de la agitacion ni de la provocacion. Estudiar las cuestiones no es crearlas, y apartar de ellas sus miradas y su atencion no es suprimirlas ni resolverlas.

«De todos modos, el exámen de estas cuestiones ha entrado en la via diplomática, en donde nada autoriza la creencia de que no será favorable á la consolidacion de la paz pública.»

El anterior artículo publicado en la parte oficial del *Moniteur*, como hemos dicho, si bien dió alguna animacion á la bolsa de Paris, por otros ha sido considerado como dictado por un espíritu felicioso, que acaso se halla muy lejos de la mente de Napoleon III.

Se ha creído mas; se ha visto como ya indudable el rompimiento europeo.

Pero si este documento, que mas bien respira paz y conciliacion, ha sido generalmente considerado como desfavorable á la tranquilidad pública; ¿qué dirán nuestros lectores al conocer la circular reservada que el conde Buol ha dirigido últimamente á los representantes del Austria cerca de las córtes confederadas?

En ella se dice que «la seria inquietud que pesa sobre la situacion política de Europa desde el principio de este año, se hace notar profundamente en todas las partes de Alemania.» Añade que «no existe entre las potencias diferencia alguna que pueda explicar esta alteracion; y cuanto menos posible es conocer las causas legítimas que producen estas inquietudes, menos parecen querer ceder á una apreciacion favorable para el estado de los asuntos.»—En fin, trasladáremos algunos de los párrafos del despacho confidencial del conde Buol, para que mejor pueda conocerse su indole.

«Si debe deplorarse vivamente este sentimiento de inquietud que se propaga por todas partes, no podrá apreciarse bien el buen efecto que ya ha producido la unanimidad y resolucion con las que, en presencia de las eventualidades de una guerra, se ha pronunciado la opinion pública de Alemania por una cooperacion enérgica.

«Este hecho que nadie podrá negar, es un punto luminoso y satisfactorio en medio del sombrío cuadro de la situacion del dia.

«El lenguaje de los hombres de estado alemanes, lo mismo que el de la prensa, ha contribuido por una parte á difundir esta impresion: que la Alemania, como potencia colectiva, se consideraria amenazada, si por un ataque injusto contra sus posesiones en Italia, se veia el Austria obligada á tomar las armas contra una de las mas grandes potencias de Europa.

«Lo que caracteriza esta situacion es la mejora de los sintomas políticos, que indican que los peligros de la guerra son menos inminentes; pero se carece de toda garantia de que en un instante y bajo un pretesto cualquiera, la explosion de una guerra en Italia no vendrá de nuevo y mas seriamente á amenazar la paz de la Europa.

«Fiel á estos sentimientos de moderacion y á su amor á la paz, el gobierno imperial hará lo posible para prevenir ulteriores complicaciones; pero no podemos disimular que mientras la política de la Cerdeña conserve su carácter de hostilidad contra los tratados, mientras se apoye en la revolucion y en la guerra, la guerra se presenta como una consecuencia posible de nuestra firme resolucion de defender contra todo ataque los derechos que los tratados otorgan al Austria en Italia.

«Debemos dar una grande importancia á que la Europa está bien convencida de que la Alemania, unida estrechamente, no sufrirá de ningun modo semejante ataque contra sus derechos.

«Por otra parte nos parece desde ahora digno de desearse que los gobiernos de Alemania se comuniquen entre si las convicciones de que se hallen animados en presencia de los peligros del porvenir, y que de acuerdo se preparen á usaren tiempo útil un lenguaje idéntico, apropiado á las circunstancias y eficaz, bien sea frente á frente de la Cerdeña, bien frente á frente de la Francia, bien con los dos Estados reunidos, etc.—Firmado.—Buol.»

JANER.

CRÓNICA ESPAÑOLA.

Por real decreto se ha autorizado la constitucion de la *Sociedad general española de desuentos*.

—La *Gaceta* del dia 8 de marzo publicó la ley relativa á retiros militares, aprobada ya por las Córtes y sancionada por S. M. la reina.

—Una horrible catástrofe ha ocurrido el dia 28 de febrero en Zafrá (Estremadura). En uno de los estancos de dicho pueblo, se ha inflamado la pólvora, y después de dos fuertísimas detonaciones,

las llamas comenzaron á hacer sus estragos en el edificio, calle y alguna casa contigua. Estaba la casa llena de gente, y se dice que pasan de setenta las personas quemadas, padres de familia los mas. Se encuentran entre los heridos el administrador de rentas, D. Meliton Mono, el regidor D. Agustin del Molino y el sindico del ayuntamiento.

—El dia 4 ha sancionado S. M. la ley sobre censos.

—La recaudacion obtenida por la Hacienda pública en enero del presente año, asciende á 58.907,137 rs. vn. 85 cs.

—El dia 7 ingresaron en la caja del Banco de España dos millones de reales, procedentes de varias provincias del reino.

—Durante el mes de enero, han continuado las obras de la prolongacion del canal de Isabel II, habiéndose abierto 354 metros lineales de una mina, y desmontado 10,730 metros cúbicos en varios trozos á cielo abierto. Para la distribucion interior se han construido 41 metros lineales de alcantarilla en la calle Mayor; 11 sumideros en las calles de la Libertad, Hortaleza, San Marcos, Soldado, Pelayo, San Lucas, Belen, Florida, San Mateo y travesía de San Mateo; seis pozos de registro en las calles de Gravina, Arco de Santa Maria, Piamonte, Infantas y Hortaleza, y 18 acometimientos particulares en las calles Mayor, Siete de Julio y Arco del Triunfo.

Tambien se han hecho 85 metros lineales de galeria de distribucion en la calle Mayor; una escalera de bajada á la galeria de la calle de Fuencarral, y seis registros en las cañerías de las calles de la Luna, Espiritu Santo y Molino de Viento; y en las afueras de la puerta de Bilbao continúa el acopio y prueba con la prensa hidráulica de la tubería y claves de todos diámetros.

—El aumento de las rentas del Estado desde 1854, es el siguiente:

Aumento en 1855 sobre 1854.	1.086,700	ps. fs.
Id. en 1856 sobre 1855.	1.141,530	id.
Id. en 1857 sobre 1856.	2.272,868	id.
Id. en 1858 sobre 1857.	674,401	id.
Total.....	5.075,500	ps. fs.

—Dice *El Diario Mercantil* de Valencia, que el dia 1.º del actual quedó firmada por el ministro de Fomento la real orden aprobando los pliegos de condiciones para la subasta de las obras del puerto del Grao, y disponiendo se anuncie desde luego la licitacion.

—Se nota mucha actividad en las obras de la estacion del ferro-carril de Sevilla á Córdoba.

—En Málaga se han adoptado disposiciones por el gobernador civil encaminadas á aminorar y destruir, si es posible, el abuso que se nota en el uso de armas prohibidas, particularmente navajas, puñales y pistolas.

—La diputacion provincial de Huesca, dice un periódico, se halla en correspondencia activa con las autoridades francesas del Alto Pirineo, acerca del proyecto de una via férrea que una aquella provincia con Francia, perforando el Pirineo por Gabarnie.

—Queda organizado el servicio necesario para que en lo sucesivo se verifiquen entre Toledo y Madrid dos expediciones diarias: la una saldrá á las ocho de la mañana, y la otra á las ocho y cuarto de la tarde.

—Asciende á nueve el número de los cuadros escogidos entre los premiados en la última Exposicion pública, que han comprado SS. MM. la reina y el rey.

—El Sr. Weiman Ten-Cate, súbdito holandés, ha regalado á S. M. la reina uno de los dos únicos ejemplares completos del famoso grabado abierto en Bruselas en 1558, y que representa los funerales del emperador Carlos V en aquella ciudad, mandados celebrar y presididos por el rey Felipe II de España.

—A doscientas ochenta y una ascienden las comparsas que, tocando varios instrumentos, se han presentado al pié del real Palacio en los tres dias de Carnaval. Por orden de S. M. se ha gratificado á estas cuadrillas con la suma de 22,248 rs.

—El dia 13 tuvo lugar en palacio un gran concierto, en el cual tomaron parte los primeros artistas de la capilla y del Régio coliseo, bajo la direccion del Sr. Valdemosa, director de los conciertos de palacio.

JUAN DEL CORREO.

REVISTA DE TEATROS.

Tócanos hoy dar principio á nuestra revista por el drama en tres actos y en prosa, original del fecundo novelista D. Manuel Fernandez y Gonzalez, estrenado últimamente en el coliseo del Principe con el título de *Padre y Rey*. El asunto de este drama pertenece al reinado de Felipe II, y aun cuando sus condiciones y aun su forma literaria corresponden mas bien á la novela que al drama histórico, está dialogado admirablemente, y abunda en pensamientos elevados. Fáltale sin embargo movimiento y vida, y la accion se arrastra con suma languidez, razon por la cual no obtuvo todo el éxito deseado.

La ejecucion fué e-merada por parte de todos los actores. La Sra. Valentini, que tuvo á su cargo el papel de Mari Paz, la comedianta, lo desempeñó con mucho acierto é inteligencia. El Sr. Pizarroso interpretó al suspicaz Felipe II lo mejor que pudo. El Sr. Ossorio, encargado del príncipe D. Carlos, tuvo momentos felices, y por último, Olona y Mario ayudaron de un modo laudable para no descomponer el cuadro. El éxito, sin embargo, fué desgraciado para el autor.

Ahora, si nuestros lectores no lo levan á mal, nos trasladarémolos al lindo coliseo de la calle de Jovellanos, para darles cuenta del éxito del primero de los conciertos Sacros que en dicho teatro se propone dar todos los viernes de Cuaresma su inteligente y activo director y empresario el Sr. Sañas.

El escenario del teatro ofrecia un golpe de vista admirable: una numerosa orquesta, compuesta de sesenta y seis profesores, hallábase colocada en la parte mas elevada de la escena, y en primer término aparecian todos los cantantes y los coros, vestidos rigurosamente de negro. En medio de este sorprendente cuadro, y colocado de pié sobre una especie de banqueta, hallábase el Sr. Barbieri dirigiendo la orquesta, los cantantes y los coros.

El concierto, que se componia de tres partes, satisfizo en alto grado al escogido y numeroso público, compuesto en casi su totalidad de cuanto notable encierra Madrid. En la primera parte, aplaudióse el *mottete* del célebre Mozart, ejecutado por setenta voces, el aria de Stradella, que fué cantada de un modo superior por el Sr. Oliveres, y el andante para violin, viola y violoncello.

En la segunda y tercera parte se aplaudieron tambien con entusiasmo casi todas las piezas de que consta el magnífico *Stabat Mater* del inmortal Rossini.

El duo de tiple y contralto de dicho *Stabat Mater* cantado por la Srta. Murillo y la Sra. Mora, y el aria coreada cantada por la Sra. Santa Maria, merecieron los honores de la repeticion, habiendo sido aplaudidas con verdadero entusiasmo estas tres artistas.

La introduccion en España de esta clase de espectáculos, muy parecidos á los que se conocen en Paris con el título de *Conciertos Musard*, es indudablemente un gran adelanto en el desarrollo del arte musical. Por nuestra parte enviamos nuestra mas sincera felicitacion al inteligente Sr. Salas, que ha tenido la gloria de iniciarlos entre nosotros.

No dudamos que estos conciertos llenarán todos los viernes la linda sala del teatro de Jovellanos de la sociedad mas escogida é inteligente de Madrid.

Tambien es digna de todos nuestros elogios la feliz idea de entregar el diez por ciento de todas estas funciones al gobernador, para alivio de los pobres.

Por último, en el teatro Francés continúa lla-

mando la atencion Mlle. y Mr. Montaland, excelentes actores que han venido á dar vida á este coliseo. En la comedia vaudeville en dos actos *Une jeunesse orageuse* estuvo inimitable Mlle. Montaland, luciendo sus grandes disposiciones artísticas, asi como su padre, que es tambien un actor de mucho mérito. Con ellos compartió los aplausos Mr. Roche, que siempre se ha distinguido en el género cómico.

NUMA.

BIBLIOGRAFÍA ESPAÑOLA.

Catalogus librorum doctoris D. Joach. Gomez de la Cortina, March. de Morante, qui in ædibus suis extant. Tomus I. Matriti, apud E. Aguado, MDCCCLIV.

Tenemos complacencia especial en hablar de una publicacion notable por varios conceptos. El catálogo de las escogidas y numerosas obras que componen la biblioteca del señor marqués de Morante, ofrece un doble interés, en cuanto presenta la noticia erudita de gran número de obras poco conocidas, y constituye por sí una produccion de un género completamente nuevo, antes no iniciado, en los fastos de la bibliografía española.

2,418 obras se hallan reseñadas en el primer tomo de esta publicacion, precedido de una graciosa carta de D. Francisco Cutanda al Autor, en la cual se contiene una indicacion bastante fiel del carácter de la obra.

No nos huelga el espacio, y lo deseáramos, para citar algunas particularidades de la obra-católogo del Sr. Morante, como lo son *Las Actas de los eruditos*, compuestas de 117 volúmenes, del importe de 2,350 rs. — *Edes Barberinæ ad Quirinalem*, un solo volumen del valor de 1,038 reales, curioso por su adquisicion, historia y edicion de 1642. — *Una traduccion latina del historiador Apiano*, tasada en 2,000 rs. y regalada por el prologoista de la obra, el Sr. Cutanda, al Autor, y mil otras de prolija enumeracion y, para nuestros alcances, difícil.

En medio de la riqueza de esta coleccion de libros, prepondera la de autores latinos, en cuya adquisicion ha invertido el Sr. Morante tantos intereses, como tiempo y asiduidad ha consagrado al estudio del ramo, que con aquellos dice relacion.

Tampoco se hallan descuidadas en este trabajo las citas de bibliografos extranjeros, como el francés Brunet, y bajo este punto de vista encierra el presente catálogo el mérito de superar en copia de indicaciones bibliográficas, en muchos ramos, á la tan conocida y afamada de aquel autor.

Al hablar del segundo tomo harémos algunas otras indicaciones, que por hoy omitimos involuntariamente.

FRANCISCO GAYOSO.

BIBLIOGRAFÍA ESTRANJERA.

Le Chevalier Sarti, traduit de M. Scudo et annoté par M. Otto Kade. Un vol. in-18°. Dresde, chez R. Kuntze.

La Alemania, pais en que los debates de historia y critica musicales se agitan cada vez con mas ardor, no podia dejar de acoger favorablemente un estudio por mitad novelesco é histórico, que no habrá olvidado el público: *El Caballero Sarti*, de M. Scudo. La traduccion publicada en Dresde, por M. Kade, va acompañada de un prefacio, muy favorable al libro, y notas de no menor interés; pero ciertas reservas del traductor no parecen siempre justificadas, en cuanto que propenderian á presentar las opiniones de los personajes del romance como el abate Zamaria, cual las del propio autor. Como quiera que sea, la traduccion de M. Kade merece señalarse, y nos complacemos en ver una narracion, inspirada por el amor formal del arte, que toma tanto

GAVARNI ESPAÑOL. TRANSEUNTES.



Sin rumbo fijo.

vuelo, mediante una interpretación fiel por lo común, sobre la tierra clásica de la literatura musical.

Faits de l'Esprit humain, par M. de MAGALHAENS, traduit du Portugais, par M. P. Chauselle. Un vol. in-8°. Paris, Auguste Fontaine.

Conocemos lo bastante el movimiento filosófico ocasionado en nuestro siglo en Francia, Alemania e Inglaterra. Los demás países guardan, respecto del particular, un silencio por demás prudente. Es, por tanto, curioso é interesante el hallar, en un original extranjero, el resumen de las creencias metafísicas de un elevado espíritu, que, si no es representante de la nación entera á

que pertenece, es eco, cuando menos, de las inteligencias libres de su país. El libro de M. de Magalhaens, aun sin ofrecer cosa nueva, sin ser mas que un ensayo de eclecticismo sazonado é ilustrado, representa al menos aspiraciones libres y nobles deseos: nota-se tambien que en estas páginas se ha hecho brillar una verdadera individualidad filosófica, y es lo que constituye su principal interés.

Emaux et Camées, par M. Théophile GAUTIER, 2e édition augmentée. Un vol. in-12°. Paris, Poulet-Malassis et de Broise.

Esmaltes y Camaseos, es el título de una colección de poesías, bastante conocidas entre los

conciudadanos del autor, pero que acaban de publicarse nuevamente en una forma tipográfica muy esmerada, y con varios aumentos. Sabese con cuán decidida afición cincela é ilumina M. Gautier el estilo poético de su atribución, y en tanto el libro merece llevar aquel epigrafe. No grandes pensamientos, ni emociones intensas, sino lindas ideas ajustadas á versos agradables y brillantes; tal es el hallazgo de Esmaltes y Camaseos. Debemos aceptar con M. Gautier esta forma, sin cuidarnos del fondo, exigible tan solo de el talento del poeta colorista, que no de el del apasionado observador.

Por todo lo no firmado, Carlos Bailly-Bailliere, editor responsable y propietario.

SUMARIO. Los Amores mortales, por Adrien Robert, pág. 493.—Los Tramperos del Arkansas, por Gustave Aimard, pág. 499.—Curso familiar de literatura, por Lamartine, pág. 202.—Arte de domar los caballos, por J. S. Rarey, pag. 203.—Crónica extranjera, pág. 206.—Crónica española, pág. 206.—Revista de teatros, pág. 207.—Bibliografía española, pág. 207.—Bibliografía extranjera, pág. 207.

Advertencia importante.—La Administración de este SEMANARIO tiene tomadas todas las medidas para que la repartición de los números en Madrid y su remisión á la Provincias se haga con la mayor puntualidad; así es que toda reclamación que no se haga en Madrid hasta el lunes siguiente á la repartición del número, y en Provincias á los ocho días de su publicación no será atendida, y el suscriptor abonará por cada número 4 cuartos en Madrid y 6 en Provincias.

Otra.—Siendo propiedad de la empresa las materias contenidas en LA LECTURA PARA TODOS, se prohíbe su reproducción en todo ó en parte.